



# Del ALERCE al COCHAYUYO

Relatos de habitantes del borde costero lafkenche de Corral

# Del ALERCE al COCHAYUYO

Relatos de habitantes del borde costero lafkenche de Corral

Asociación Indígena de Buzos Mariscadores, Pescadores Artesanales  
y Recolectores de Orilla de Huiro

&

Sandra Leiva Poveda



Proyecto financiado por el  
Fondo Nacional de Desarrollo  
Cultural y las Artes (FONDART  
Regional Los Ríos) 2023

**DEL ALERCE AL COCHAYUYO: Relatos de los habitantes del borde costero lafkenche de Corral**  
(Huiro, Huape, Corral, Chaihuin y Colun)

**Asociación Indígena de Buzos Mariscadores, Pescadores Artesanales y Recolectores de Orilla de Huiro**

Proyecto financiado por el Fondo Nacional de Desarrollo Cultural y las Artes  
(FONDART Regional Los Ríos) 2023

**Escritora:**

Sandra Leiva Poveda

**Entrevistados:**

Antonio Juan Antillanca, Cristian Antillanca Antillanca, Danilo Rubén González Huala,  
Héctor Elías Baeza Garrido, Horacio Antillanca Aguayo, Ismael Gonzalo Antillanca Antillanca,  
José Heraldo Rodríguez, Juvenal Antillanca Antillanca, Mario Antillanca Antillanca,  
Marco Huala Navarro, Marcos González Antillanca y Segundo Alberto Delgado Díaz

**Fotografía:**

Sandra Leiva Poveda: retratos y Huape, pág. 4  
Retrato pág. 49: [www.letras.mysite.com](http://www.letras.mysite.com)

**Fotografía aérea:**

Diego Navarro Navarro: Huiro, pág. 1; Colun Alto, pág.11; La Unión, pág. 41; Chaihuin, pág. 68

**Arte gráfico:**

Demecio Imio Camiao / [www.demecioimio.cl](http://www.demecioimio.cl)

**Diseño editorial:**

Inés Cheuquela Bradasic

Nütram Lawen Ediciones / [www.nutramlawen.cl](http://www.nutramlawen.cl)

Imprenta América, Valdivia 2024  
1.000 ejemplares

# Presentación

Las voces de doce hombres, que descienden de los primeros habitantes en los asentamientos de Huiro (Wiro), Chaihuin (Chaiwe) y Huape (Wapi), conforman la desembocadura de este libro. Cada uno representa el testimonio vivo de la transformación geográfica y visión espiritual del territorio Lafkenche de Corral.

Ellos son Antonio Juan Antillanca Antillanca, Cristian Antillanca Antillanca, Danilo Rubén González Huala, Héctor Elías Baeza Garrido, Horacio Antillanca Aguayo, Ismael Gonzalo Antillanca Antillanca, José Heraldo Rodríguez Castro, Juvenal Antillanca Antillanca, Marco Eugenio Huala Navarro, Marcos González Antillanca, Mario Luis Antillanca Antillanca y Segundo Alberto Delgado Díaz.

Metodológicamente, el libro se elaboró a partir de entrevistas realizadas entre abril de 2023 y enero de 2024. Se utilizó un formato de entrevista abierta, lo que facilitó el diálogo en un ambiente de confianza, con el objetivo de indagar en sus experiencias personales y colectivas.

Los registros orales se complementaron con fuentes bibliográficas de la World Wildlife Fund (WWF), la Corporación

Nacional Forestal (CONAF), archivos de la Biblioteca del Congreso Nacional, informes The Nature Conservancy (TNC), entre otros documentos.

El primer objetivo fue establecer contacto y lograr la aceptación de los entrevistados. Cada testimonio, como fuente oral, construye una narrativa en primera persona, basada en hechos y vivencias en torno al Alerce y al cochayuyo; elementos que simbolizan la supervivencia de las primeras generaciones.

El andamiaje de sus historias está marcado por dolores y conflictos, pero también por alegrías y un sentido de pertenencia que refleja un entorno común. Si bien las memorias personales son únicas e irrepetibles, nunca se recuerda en soledad; siempre se está inmerso en un tejido colectivo que contiene y trae al presente el pasado, lo que hace tan relevante el conjunto de voces.

*“Del Alerce al cochayuyo”* es un recorrido por los entramados de la memoria de la gente del mar, impulsado por el deseo comunitario de mantener y compartir el diálogo entre el pasado y el presente. Sin sus voces, la historia del territorio quedaría incompleta, despojada de quienes la vivieron y construyeron.



# Historia del Territorio

El pasado de la comuna de Corral fue escenario de importantes transformaciones económicas, sociales y migratorias a raíz de la instalación de la industria de Altos Hornos, la planta Balleñera en San Carlos y la explotación del bosque. Cada uno de estos eventos propició el desarrollo, pero también produjo cambios que redefinieron la configuración del territorio.

La llegada de los primeros Antillanca a la zona de Hueicolla añadió otra escena importante a la historia. Se establecieron los primeros asentamientos indígenas en una zona deshabitada, donde las familias tuvieron que adaptarse a las condiciones geográficas y climáticas y más tarde, luchar por preservar su legado cultural.

*“Ellos me contaron que el primero que llegó aquí fue mi bisabuelo, Pedro Antillanca Llanca. Él llegó a Huiro junto a sus tres hermanos y se asentaron en estos terrenos vírgenes”* (Juvenal Antillanca Antillanca).

A finales del siglo XIX, comenzó la instalación de grandes empresas madereras para explotar el Alerce y otras maderas nativas. Se estableció el aserradero de Vergara y Cotapos en Chaihuin, seguido por los grandes consorcios VIMA y, poste-

riormente, Ralco en Colun Alto y Máquina Quemada – Los Guindos en la barra del Río Bueno.

*“Mi papá trabajó para la empresa forestal Vima que explotaba el Alerce. Después, se trasladó a una empresa aún más grande llamada Ralco, que explotó toda la cordillera del encanto, como llamábamos a Chaihuin”* (José Heraldo Rodríguez Castro).

En 1905, la Ley N° 1768, publicada el 13 de noviembre de ese mismo año, marcó el inicio de la industria siderúrgica en Chile, lo que trajo una transformación económica, cultural, social y medioambiental durante los siguientes cincuenta años.

En 1907, la Cámara de Diputados aprobó mediante el Decreto Supremo N° 2177 la cesión de tierras a una Sociedad Francesa, lo facilitó la creación de la Sociedad de los Altos Hornos en Corral.

El complejo industrial impulsó el desarrollo y atrajo a una multitud de trabajadores al pueblo de Corral y al sector de Quitaluto, incluso en las zonas más apartadas, donde se establecieron familias de manera permanente en Colun, Punta Galera, Huiro, Chaihuin y Huape.

*“Casi toda la gente en Chaihuin son migrantes porque no hay nativos, con excepción de los Antillanca que llegaron en el año 1886 aproximadamente. El resto de la gente vino por el tema maderero cuando se instaló la empresa Altos Hornos de Corral”* (Marcos González Antillanca).

El Alerce, valorado por sus propiedades resistentes a la humedad, la facilidad para trabajarlo y su estética, tuvo una gran demanda económica, especialmente en el extranjero. Se utilizaba como materia prima en la construcción de casas, postes de tendido eléctrico, mástiles de barcos, muebles, barriles, y en las infraestructuras de telégrafo y teléfono.

*“Buscábamos madera para construir una vivienda buena, porque antes vivíamos en una choza. Recuerdo haber trabajado el Alerce con mis mayores y hermanos, haciendo tejuela para la casa. Esto fue una gran ayuda para mis padres”* (Juvenal Antillanca Antillanca).

Varios entrevistados mencionan que en los predios de Chaihuin y Venecia, ubicados en la cordillera de la Costa, se instalaron grandes campamentos para los trabajadores dedicados a la explotación del Alerce.

*“Llegué a un aserradero a los 17 años y viví en el campamento donde se alojaba el solteraje. Había mil doscientas personas; de ellas, unas doscientas eran casereados. La mayoría eran hombres jóvenes”* (Antonio Juan Antillanca Antillanca).

En aquellos años, los habitantes del borde costero Lafkenche se dedicaban principalmente a la pesca, la recolección de mariscos, la agricultura y la ganadería de subsistencia, así como a la recolección estacional de frutos y algas. Las familias vivían en rukas y en condiciones de pobreza.

*“Antiguamente no había tantas casas en Chaihuin, apenas recuerdo unas diez. Eran rukas, con una cocina grande, un fogón y techo de chupón; solo algunas tenían espacios para dormitorios”* (Marco Eugenio Huala Navarro).

La llegada de las faenas madereras significó una oportunidad de empleo y de intercambio de productos mediante el trueque. Este sistema permitió a las familias acceder a productos que antes eran difíciles de obtener.

*“Llevábamos pescado ahumado y ristras de mariscos, y los intercambiábamos por cosas como azúcar, harina, ají y jabón. Hacer trueque daba mejores resultados que venderlos”* (Mario Luis Antillanca Antillanca).

En 1922, Marie Therese Lebaudy heredó de Jacques Lebaudy el denominado Fundo Chaihuin. Tras su fallecimiento, este terreno pasó a manos de la Sucesión Lebaudy. Más tarde, en 1949, llegó a la zona Jean Paul Soudreau Lebaudy de York, nieto de Marie Therese y uno de los propietarios de la sucesión, quien estableció contacto con las familias de Huiro, Punta Galera y Colun, entregándoles un acta de reconocimiento

que acreditaba su ocupación histórica de las tierras.

*“En esa época vivíamos en la punta de Chaihuin, la cual fue siempre de la familia Huala. De hecho, mi abuela vivió aquí incluso en el tiempo del fundo Chaihuin cuando la dueña era la condesa Marie Therese Lebaudy”* (Danilo Rubén González Huala).

El período de relativa tranquilidad terminó en 1958, cuando José González y la Sociedad Quilapán Ltda. adquirieron parte de las acciones de la Sucesión Lebaudy y comenzaron a exigir a los habitantes que desalojaran las tierras, lo que inició un conflicto territorial.

Paralelamente, la extracción de Alerce experimentó un cambio con la introducción de avances tecnológicos. Inicialmente se tababa con hachas, pero luego llegaron sierras mecánicas, maquinaria y tractores, lo que aumentó considerablemente la producción y provocó un impacto irreversible en el ecosistema.

*“Empezamos con el hacha, la corvina y después con las motosierras. Recuerdo que llegó un caballero con una motosierra ‘Cero ocho’, de esas antiguas y muy lentas. Él volteaba los árboles para las personas que labraban y los dejaba trozado”* (Antonio Juan Antillanca Antillanca).

El Alerce (*Fitzroya cupressoides*) es una especie perteneciente a la familia Cupressaceae, reconocido por su longevidad y capacidad para alcanzar dimensiones imponentes, con

ejemplares que pueden superar los cuarenta y cinco metros de altura y cinco metros de diámetro. Se trata de un árbol de crecimiento lento, cuyos ciclos de vida pueden extenderse entre dos mil y cuatro mil años.

*“Los Alerces eran tan grandes que, entre seis personas, tomadas de la mano, no podían rodearlos completamente. A los haceros le tomaba entre tres o cuatro días derribar un Alerce de ese tamaño, luego realizaban los cortes y finalmente con la corvina, lo derribaban. Un mes no era suficiente para trabajar un Alerce”* (Antonio Juan Antillanca Antillanca).

El terremoto del 22 de mayo de 1960, el más grande registrado en la historia, transformó la realidad del sur de Chile. Su impacto tuvo consecuencias económicas y sociales, así como en los ecosistemas y la vida de las comunidades. En Corral, provocó muertes, la destrucción de viviendas, caminos y la totalidad de la infraestructura industrial.

*“Mi abuelo, que estaba en su casa, salió con su lancha para intentar rescatar a los cabros que el mar se llevaba. No volvieron ni mi abuelo ni la otra gente. Nadie. Fueron tres olas grandes las que pasaron. Falleció mi abuelo y, hasta el día de hoy, no lo hemos encontrado”* (Héctor Elías Baeza Garrido).

Los problemas de conectividad en los sectores poblados del borde costero se profundizaron tras el episodio sísmico.



*“El cambio fue profundo. Todo lo que estaba se deshizo. El mar arrasó con la escuela de Chaihuin y todas las casas, pero no se llevó a nadie. Las personas mayores avisaron, porque antiguamente estas cosas ya habían pasado”* (Mario Luis Antillanca Antillanca).

La secuencia de los días hiló la cotidianidad. A diferencia de Valdivia donde la reconstrucción duró años, las comunidades sobrevivieron gracias al mar y la tierra, que les proporcionaban lo necesario para subsistir.

*“Cuando éramos niños, nuestras madres iban a la playa y traían casi la mitad de la comida hecha. Ellas decían que, con solo tener sal y agua en la casa, podían llenar la olla con luche, cochayuyo y mariscos”* (Héctor Elías Baeza Garrido).

El primero de octubre de 1976 mediante Decreto Supremo N° 490 el Alerce fue declarado Monumento Natural, prohibiéndose la corta y destrucción del Alerce el territorio nacional. Posteriormente, en el año 1979, esta especie fue incluida en la lista internacional de especies de fauna y flora amenazadas.

Sin embargo, la ley permitía que cuando se tratara de árboles o bosques muertos de Alerce, encontrándose éstos ya sea en pie, derribados o enterrados y no obstante lo estipulado en el artículo segundo, se podía permitir su aprovechamiento comercial mediante autorización expresa de la Corporación Nacional Forestal (CONAF).

La explotación clandestina continuó, especialmente en la cordillera de Chaihuin, donde se emplearon prácticas ilegales para provocar la muerte del Alerce y obtener permisos de comercialización, siendo una de las más comunes los incendios intencionales. El daño causado por el fuego perdura en el paisaje y en la memoria de los habitantes.

*“Después del año 1976, las empresas forestales quemaron extensos bosques para sacar el Alerce muerto, ya que la ley solo permitía la extracción de árboles muertos y no de los vivos. Así, los incendios arrasaron con las montañas”* (Danilo Rubén González Huala).

Para las comunidades indígenas, la extracción del Alerce y los incendios provocaron un gran dolor. Y es que este árbol tiene un significado en la cosmovisión mapuche, vinculado a su modo de vida con la naturaleza.

*“Nuestra comunidad jamás explotó el Alerce, solo lo utilizó para construir sus casas. Los Alerces siempre estuvieron ahí, lo veían como un árbol sagrado o tan potente que no sentían la necesidad de cortarlo”* (Horacio Antillanca Aguayo).

En 1988, González vendió sus tierras a Terranova S.A., que inició nuevas faenas de explotación forestal en la zona. Aunque la empresa intentó resolver los conflictos con los habitantes de Huiro, también vendió parte de Punta Galera a la Sociedad Quilapán Ltda., propiedad del mismo González.

*“Pasamos por un temor inmenso cuando llegó la empresa forestal Terranova con la intención de trabajar en la plantación de Eucaliptus, volteando nuestros árboles nativos. Ellos se proclamaron dueños del fundo de Chaihuin, que abarcaba también Huiro y Colun, sumando más de 36 mil hectáreas”* (Juvenal Antillanca Antillanca).

Posteriormente, Terranova vendió los fundos Chaihuin y Venecia a Bosques S.A., empresa que continuó con la explotación forestal, contratando a trabajadores temporales de Huiro y otras áreas cercanas.

El conflicto histórico con la comunidad persistió, ya que las familias se negaban a dejar las tierras de sus antepasados. A esto se sumó la falta de organización entre ellas y de cómo proceder con la obtención de los títulos de dominio.

En ese contexto, Juvenal Antillanca y Víctor Antillanca surgieron como líderes de la comunidad. Buscaron apoyo en el Obispado de Valdivia, que se involucró como mediador en el conflicto, exponiendo a los ejecutivos de Forestal Terranova la precariedad de las comunidades y planteándoles una solución al conflicto.

*“Junto con otras familias, decidimos resistir: ¡No nos van a sacar de nuestras tierras! Descubrimos que no eran los dueños, sino una empresa que había comprado acciones para plantar eucalipto y nada más. Encontramos los documentos, pero al*

*ver que no íbamos a ser capaces de defendernos porque no estábamos organizados, buscamos apoyo en el Obispado de Valdivia”* (Juvenal Antillanca Antillanca).

El 14 de marzo de 1994, mediante escritura pública, se constituyó la Fundación para el desarrollo integral de Huiro “Fundación Manelowün-Esperanza”, en donde se establece que el patrimonio inicial de la fundación lo constituyen los bienes aportados por el Obispado de Valdivia y la Empresa Terranova S.A.

Las tensiones se mantuvieron hasta que, el 24 de octubre de 2003, en la notaría Carmen Podlech en Valdivia, a través del Repertorio N°4447, la “Fundación Manelowün-Esperanza”, que adquirió esta propiedad mediante una aportación realizada por el Obispado de Valdivia, realiza la donación irrevocable de los terrenos. Como resultado, se efectuó la subdivisión de la propiedad en cincuenta y siete lotes, conforme al plano de subdivisión debidamente aprobado por el Servicio Agrícola Ganadero (SAG).

*“Yo fui parte de ese proceso y representé a las familias de Cadiñal Alto y Bajo, Colun, Chaihuin y Huiro, donde había vivientes antiguos, asegurando sitios de por vida. Fue mi deber; nació para eso, para trabajar y apoyar a la gente”* (Juvenal Antillanca Antillanca).

Ese mismo año, la quiebra de Bosques S.A. desencadenó una intensa campaña internacional para la compra de los fundos

Chaihuin y Venecia, lo que permitió a The Nature Conservancy (TNC) crear la Reserva Costera Valdiviana (RCV).

En 2007, la Corporación Nacional Forestal (CONAF) y el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF Chile) se unieron para desarrollar una propuesta técnica y económica con el objetivo de crear el Parque Nacional Alerce Costero.

Cuatro años más tarde, esta iniciativa se concretó, abarcando cerca de veinticinco mil hectáreas, de las cuales más de nueve mil, que formaban parte de la Reserva Costera Valdiviana (RCV), fueron donadas por The Nature Conservancy (TNC).

De esta forma, el Parque Nacional Alerce Costero se creó mediante el Decreto Supremo N° 229, emitido el 19 de octubre de 2010 y publicado el 13 de enero de 2012 por el Ministerio de Bienes Nacionales de Chile. Este decreto estableció el primer parque en la Región de Los Ríos, con el objetivo de preservar su biodiversidad con especial énfasis en la protección del Alerce.

*“Llevo 16 años trabajando en la Reserva Costera Valdiviana como coordinador de guardaparques. Sigo ejerciendo como dirigente sin serlo oficialmente porque tengo el tiempo y la posibilidad de seguir ayudando al sector. Tengo un compromiso personal con la comunidad”* (Danilo Rubén González Huala).

Actualmente, la Reserva Costera Valdiviana protege más de tres mil hectáreas de bosques de alerce y otras especies nativas. En este parque habita el “Gran Abuelo,” considerado el árbol más antiguo del planeta según un estudio publicado en la revista Science por los científicos chilenos Jonathan Barichivich y Antonio Lara, quienes estiman que la edad del Alerce podría superar los cinco mil años.

Hoy las comunidades de Huiro, Chaihuin y Huape se dedican a la pesca artesanal, ganadería y agricultura familiar, turismo; tienen caletas y áreas de manejo; además están agrupados en diversos sindicatos y asociaciones que han permitido adjudicarse fondos para mejorar su calidad de vida.

*“Más tarde, surgió el concepto de las áreas de manejo debido a la sobreexplotación. Gracias a eso, el mar comenzó a recuperar los productos que tenía antes. También surgieron los sindicatos, que reunieron a la gente para cuidar la costa. Hoy en día, el mar se respeta con sus tiempos y entendemos que, por sí mismo, establece vedas”* (Segundo Alberto Delgado Díaz).

Ninguno de los protagonistas de este libro quiere repetir los errores que tanto costo olvidar. La devastación del bosque y también del mar sigue dando vueltas en la memoria, como una presencia muda, que ayudó a entender que todas y todos somos responsables de proteger el lugar que habitamos y su historia.

An aerial photograph of a vast, dense forest covering rolling hills. The trees are a mix of dark green and brownish-green, suggesting a diverse or perhaps partially cleared forest. In the distance, a blue horizon line separates the land from the sky. The word "Relatos" is centered in the middle of the image in a white, serif font.

# Relatos

# Juvenal Enrique Antillanca Antillanca

Lo que sé es que los primeros en llegar a Huiro fueron la familia Antillanca, mi bisabuelo. Ellos vinieron de La Unión y, más tarde, se asentaron en lo que llamaban el Fundo Chaihuin.

Tengo recuerdos desde los ocho años. A esa edad, uno comienza a darse cuenta de las cosas que hay o lo que hace. Nosotros nos criamos humildemente. La gente en esos años comenzaba de cero. Trabajaban en el mar para comer y nada más porque todo estaba a “tras mano”.

A los catorce años, comencé a desarrollarme en el mar con mis mayores y, en ese tiempo, empezaron a llegar las empresas a la cordillera. Eso cambió nuestra forma de vida porque, entre otras cosas, surgió el trueque con la gente que trabajaba en las faenas. Sacábamos el pescado y el marisco y los cambiábamos por víveres con la empresa Ralco, donde extraían la madera del Alerce.

A medida que nos hicimos hombres, conocimos bien el trabajo y adquirimos equipos de buceo y embarcaciones. A los dieciséis años, aprendí a bucear, al igual que mis hermanos Mario, Antonio, Artemio, Javier y Dario.

Cuando fuimos adultos, a los veinte años, empezamos a pensar en formar nuestras casas. Buscábamos madera para construir una vivienda buena, porque antes vivíamos en una choza. Recuerdo haber trabajado el Alerce con mis mayores y hermanos, haciendo tejuela para la casa. Esto fue una gran ayuda para mis padres.

Todos teníamos nuestras responsabilidades. Mis hermanas Conradina, Ermelisa, Carmen y Angelina secaban el pescado y marisco, y luego lo negociaban. A nosotros, los hombres, nos tocaba lo más rudo como pescar, sembrar y cuidar los animales. También hacíamos los trueques, que es la parte de mi vida que recuerdo muy bien. A veces, le cuento a mis hijos cosas que casi no puede creer, pero así fue.

Con el tiempo, las cosas en Huiro fueron cambiando. Compramos maquinaria para la agricultura y avanzamos un poco más, aunque todavía usamos bueyes como siempre se ha hecho. Los antiguos vivieron de otra manera, era muy humildes. Solo trabajaban en el mar, no eran crianceros.

Después, me fui apartando de la orilla de mis mayores. Me casé con Emilia Aguayo y tuve otro talento para criar a mis

hijos, con educación, pero siempre trabajando en el mar y en otras actividades como la agricultura y la crianza de animales.

\*\*\*

Desde que llegaron mis antepasados a Huiro, vivieron sin papeles porque era un territorio libre. Hoy en día, el tema de la vivienda es distinto; todo debe estar regularizado. Durante décadas, varias generaciones construyeron sus casas y trabajaron en el sector. En los años ochenta comenzamos a luchar por tener la documentación, y recién en 2003, obtuvimos nuestros títulos de dominio.

Cada uno de los habitantes, me refiero a cerca de cuarenta fundadores, obtuvo su título de dominio. Si bien llegó gente de fuera, eso no significó que la comunidad cambió, porque las personas vinieron con el mismo pensamiento de respeto hacia la cultura y a toda la gente.

Tristemente, lo mejor de la cultura se perdió en algunas partes, como las tradiciones de las mingas. Pero hoy día estamos en el proceso de recuperarlas. Hay jóvenes que están interesados en la historia de nuestros mayores para que la conozcan las nuevas generaciones.

Somos nueve hermanos, de los cuales seis estamos vivos, los otros fallecieron por enfermedades. Mi papá se llamaba José María Antillanca Llanca y mi mamá Elisa Antillanca Llan-

quen. Ellos me contaron que el primero que llegó aquí fue mi bisabuelo, Pedro Antillanca Llanca. Él llegó a Huiro junto a sus tres hermanos y se asentaron en estos terrenos vírgenes. De ellos proviene el linaje Antillanca, que recorrieron desde el mar hasta el monte, despejando la tierra para vivir.

Con mis padres vivíamos en una ruca hecha de chupón, con un fogón en el medio y sin divisiones. Era una gran pieza que tenía una altura de unos seis metros y unos diez metros de diámetro. Todo estaba en ese lugar: la cocina, el comedor y los dormitorios. Ahí estábamos los nueve hermanos.

Los hombres íbamos a trabajar al mar, y mis hermanas se quedaban en la casa porque mi papá no las dejaba salir. Ellas trabajaban en la orilla de la huerta y en esas tareas. La vida era un poco machista; las mujeres en el mar no se metían. Todos fuimos muy unidos, así que no nos molestaba trabajar para las hermanas.

En las tardes, jugábamos a la chola, hacíamos rondas y mis hermanas jugaban a la visita. Inventaban que llegaba un primo o un hermano. Se juntaban afuera y, con cáscaras de loco o de marisco, hacían la loza y luego tomaban once. Los hombres jugábamos con un caballo de palo y también hacíamos pichangas con pelotas de cochayuyo.

En esos años, no había escuela en Huiro, solo en Chaihuin. Nosotros íbamos caminando descalzos. Teníamos zapatos



solo para los domingos para ir a visitar a la familia; el resto de la semana andábamos a “pata pelá”.

La mayoría de nuestra ropa la hacía mi mamá. Las mujeres tejían los chalecos, chombas, calcetines y gorros con la lana de nuestras ovejas. Ellas hilaban y hacían ovillos para luego tejer la ropa de la familia. Lo más difícil eran los pantalones o carros, porque eran muy pesados; en eso ayudábamos nosotros, los hombres.

\*\*\*

Hacíamos trueque con los trabajadores de la empresa Ralco. En aquellos tiempos, las cosas no tenían precio para nosotros. Llegábamos a Colun con la yunta de bueyes cargada de papas y avisábamos a ciertas personas. Entonces, ellas traían harina, arroz, azúcar y conservas, y realizábamos el cambio por el mismo peso. Por ejemplo, por cinco kilos de papas, recibíamos lo que podían ofrecernos. Lo mismo ocurría con el marisco y el pescado; como desconocíamos su valor, aceptábamos lo que nos daban. Así era la forma de trueque que conocí: sin precios.

También intercambiábamos habas, arvejas, chalota, ajo y porotos verdes. Estos últimos se vendían dos veces al año, en estado verde y seco, y eran muy cotizados, al igual que los pescados, porque la gente de arriba no podía salir de sus faenas. Ellos deseaban productos frescos y de huerta.

Había abundante alerce en la zona, por eso fue un tremendo negocio. Recuerdo a unos setecientos hombres trabajando simultáneamente en las faenas, utilizando hachas, máquinas, motosierras y camiones para el transporte de la madera.

Nosotros también construimos nuestra casa con tejuela de alerce. En aquellos años, no estaba prohibido su uso, así que íbamos a Chaihuin alto a buscarlo.

Cuando la faena llegó a Colun Alto, entraron por Santa Elisa de La Unión, usando camiones y maquinaria para construir sus casas y campamentos, que hicieron utilizando pura tejuela. Este proceso no fue breve, por varios años abrieron franjas hacia Colun y caminos hacia Corral.

Fue una novedad para los vivientes de Huiro. La gente comenzó a dialogar con los jefes, quienes dijeron que podían vender sus productos del mar en los campamentos, ya que había muchos trabajadores.

Por eso realizamos trueques, no por iniciativa propia, sino porque los encargados de las faenas nos ofrecieron esa oportunidad, al notar la necesidad de productos marinos.

\*\*\*



Tras años de lucha, soy dueño de veinticuatro hectáreas de terreno, un lugar que amo y siento mucho orgullo porque son las tierras de mis antepasados. Aquí, el mar es como una madre más, que nos provee alimentos día tras día. Cuando la marea está baja, podemos recolectar mariscos libremente. A diferencia de las zonas centrales, donde la gente sufre. Nosotros vivimos bien, tenemos una comunidad, y por eso, nunca dejaré Huiro.

En el mar, contamos con una infinidad de productos: lapas, erizos, jaiba, locos, piures, lucche, cochayuyo y pescados como la corvina, el robalo, el congrio y la sierra, que usamos para nuestra subsistencia. En tierra cultivo papas, habas, porotos, maíz, zapallo y pepinos y trabajamos en invernaderos con otras familias en el sector. Producimos casi todo lo que necesitamos, aunque de vez en cuando compramos algo diferente para cambiar el gusto.

Muchos afuerinos no cultivan, pero nosotros que crecimos aquí, seguimos con el sistema y las tradiciones de la tierra. Yo siembro para mi familia y distribuyo a mis hijos lo que cosecho. Por ejemplo, de diez sacos de papas, uno es para cada uno de mis cuatro hijos. Esto fomenta que mis hijos me ayuden en el campo, sabiendo que se beneficiarán de la cosecha.

Esta es nuestra manera de trabajar juntos; ellos me ayudan en la siembra, conscientes de que lo que cultivamos es para el sustento de la familia. Así, evitamos que tengan que comprar

demasiado fuera. Es la forma de vivir de mi familia y es una práctica común entre los habitantes más antiguos de Huiro.

Con los animales el sistema es parecido. En mi caso, regalo un animal a cada uno de mis hijos. Yo los cuido, pero en realidad, los animales les pertenecen a ellos. A cada uno le he dado una vaca y, si estas tienen más crías, mejor para ellos. Mis nietos también reciben su propio animal; a mi nieta Rocío le dije: “ese animal es para ti, para que veas tu suerte”. Esa es la forma.

Algunos podrían llamarme hacendado, pero en realidad, la propiedad de los animales es compartida con la familia. Con cinco nietos y cuatro hijos, ya contamos con nueve animales. Con suerte, este número podría incluso duplicarse.

No criamos animales solo por criarlos; lo hacemos para mantenernos. Es muy raro que compremos carne; normalmente, sacrificamos uno para que toda la familia tenga qué comer.

A los animales les hacemos un tratamiento y control como todos lo hacen. Por eso hay confianza al matar a un animal, porque tiene su remedio, está bien controlado y sin problema.



Pasamos por un temor inmenso cuando llegó la empresa forestal Terranova con la intención de trabajar en la plantación de eucaliptus, volteando nuestros árboles nativos. Ellos se proclamaron “dueños del fundo de Chaihuin”, que abarcaba también Huiro y Colun, sumando más de treinta y seis mil hectáreas.

Ellos afirmaban que eran los dueños y que debíamos irnos, generando preocupación y miedo entre nosotros. Nos ofrecieron empleo y equipamiento, pero no teníamos la certificación para usar motosierra ni maquinarias; solo teníamos la experiencia heredada de nuestros padres.

Junto con otras familias, decidimos resistir: ¡No nos van a sacar de nuestras tierras! Descubrimos que no eran los dueños, sino una empresa que había comprado acciones para plantar eucalipto y nada más. Encontramos los documentos, pero al ver que no íbamos a ser capaces de defendernos porque no estábamos organizados, buscamos apoyo en el Obispado de Valdivia.

Ellos nos apoyaron porque era una organización de poder y se preocupaba por los derechos humanos. En el fondo, los convencimos y logramos obtener setecientas treinta hectáreas para la comunidad. Hablo de comunidad porque, después de ese susto, nos organizamos.

Cada una de las familias que participamos en la historia, tenemos nuestro título de dominio. Yo fui parte de ese proceso y representé a las familias de Cadillal Alto y Bajo, Co-

lun, Chaihuin y Huiro, donde había vivientes antiguos, asegurando sitios de por vida. Fue mi deber; nací para eso, para trabajar y apoyar a la gente.

Hoy vivo tranquilo junto a mi esposa Emilia a quien conocí en Chaihuin. Tenemos nuestro terreno y mis hijos Rodrigo, Horacio, Yesenia y Teninson, también tienen su tierra.

Mi vida no ha sido fácil, a los diecinueve años enfrenté una grave enfermedad, tuberculosis, que traté durante dos años en el hospital. Cuando estaba enfermo, Emilia quedó embarazada de mi primer hijo Rodrigo y eso fue la principal motivación para luchar por mi vida. Hoy, gracias a mi familia y la voluntad de mis mayores, sigo aquí, compartiendo mi historia.

Nombre : Juvenal Antillanca Antillanca  
Fecha y lugar de nacimiento: 6 de enero de 1956, Valdivia  
Padres: José María Antillanca Llanca y  
Elisa Antillanca Llamquen

# Danilo Rubén González Huala

Una partera me trajo a la vida el 19 de marzo de 1969 en algún lugar de Chaihuin. Ella era mi tía Dorotea, quien además fue la partera de mis tres hermanos. Coincidentemente, ese mismo día nació otra persona cerca de Huiro, así que las parteras andaban bastante ocupadas.

En esos tiempos, no había nada en esta zona, ni caminos ni electricidad, por eso nuestra madre tuvo que buscar trabajo lejos de Corral. Mi padre desapareció de nuestras vidas cuando yo apenas tenía dos años y Marcelo estaba recién nacido. Nunca más supimos de él.

Al regresar, mi mamá quedó embarazada de Margarita y después contrajo matrimonio con don Alberto Maripán y nacieron mis tres hermanos: Rafael, Yanet y Yanina. Aunque hoy mantenemos contacto con nuestra madre, que vive a tres kilómetros de distancia, no tuvimos la oportunidad de vivir a su lado.

Crecí junto a mis hermanos, Margarita y Marcelo, bajo el cuidado de nuestros abuelos, René Huala y Sirila Navarro, quienes fueron como mis verdaderos padres. Ellos nos cuidaron y nos legaron este hermoso lugar donde actualmente vivo.

Mi abuelo nos crió con una fuerte conciencia ambiental porque trabajaba en la cordillera. A los cinco años, aprendí a arrear bueyes en las alturas de Colun para trasladar los Alerces, siguiendo el ejemplo de mi abuelo y tíos.

Él nunca quiso la misma vida para sus nietos o “hijos menores”. Por eso, a los seis años me enviaron a estudiar a Puerto Montt, donde permanecí hasta que terminé cuarto medio. Él decía que necesitaba una persona que pudiese proteger nuestras tierras. ¿Por qué tengo que irme abuelo? ¿Por qué no puedo quedarme a tu lado?”. Y él respondía que tenía que ayudarlo con el tema de los terrenos.

En esos años, había mucha gente que quería aprovecharse de las tierras. Por eso, mi abuelo pensó que con estudios podríamos frenar el abuso.

\*\*\*

Mi abuelo trabajó en la faena forestal. Desde Chaihuin, íbamos en un camión hasta la parte alta de Colun, donde había un campamento que más bien parecía un pueblo pequeño; incluso había una escuela para más de cuarenta niños. Eso

fue entre los años 1973 y 1974, cuando yo tenía apenas cinco años.

Recuerdo cómo esos gigantes Alerces eran derribados entre cuatro personas a pura hacha. Al caer, los partían para hacer las basas. Luego las sacaban con bueyes por las quebradas hasta llevarlos al campamento. Algunas basas eran tan grandes que amarraban dos, tres o cuatro yuntas de bueyes para moverlas.

En Colun estuvieron las empresas Ralco y también Vima, aunque de esta última no me acuerdo bien. Mis recuerdos son del campamento de Ralco, que era una ciudadela chica, como cuando uno llegaba a los pueblos del oeste, porque había casas por ambos lados. No había banco, pero sí pulperías.

Las pulperías eran como los supermercados de aquella época, aunque con menos variedad de cosas. A los trabajadores se les daba la opción de pagarles en escudos o en comida. ¿Usted prefiere plata o víveres? Mi abuelo siempre escogía víveres y bajaba a Chaihuin en los camiones que transportaban las basas, llegando con tarros de manteca, confites, harina y otros alimentos que no conocíamos. A veces, mi familia hacía trueque en Colun, intercambiando cochayuyo, pescado y mariscos por comida en tarros.

En esa época vivíamos en la punta de Chaihuin, la cual fue siempre de la familia Huala. De hecho, mi abuela vivió aquí incluso en el tiempo del fundo Chaihuin cuando la dueña

era la condesa Marie Therese Lebaudy. Anteriormente, este terreno colindaba con la compañía Siderúrgica e Industrial de Valdivia y también con las tierras de mi tatarabuela, Ana Luntz viuda de Ruperto Huala, quien fue el primer Huala que llegó a la zona entre los años 1880 – 1890 aproximadamente. La tercera o cuarta hija vivió en Chaihuin cerca del año 1900. Se llamaba Cristina Huala Luntz, así aparece en el registro civil.

\*\*\*

En 1975, estaba de oyente en la escuela de Chaihuin, que ofrecía clases desde primero hasta sexto básico, y todos los niños estudiantes juntos. Una vez, estábamos en clase cuando cayó el puente de Chaihuin. Pasaron dos camiones, pero solo el segundo cayó al río. A la gente no le pasó nada.

No sé si esa historia está documentada, aunque tengo la certeza de que fue mi primo quien vio la caída del puente. Se llama Rafael Aguayo. Se sentaba al lado de la ventana y era el típico niño que nunca hacía caso a los profesores; por ello, pasaba toda la clase mirando por la ventana, y fue él quien gritó: ¡Cayó el puente! Todos miramos, y en unos minutos ya no existía el puente.

El puente era una estructura de madera que no estaba construido en el mismo lugar donde está ahora, sino un poco más arriba, cerca de donde está el centro cultural.



Después de la caída, la empresa dejó de sacar Alerce por ese lado, optando por usar la ruta de Hueicolla.

En 1976, cuando el Alerce fue declarado monumento nacional, ya no se pudo extraer más. A esto se sumó que el año anterior había caído el puente, obligándonos a cambiar.

Antes de entrar en vigor la normativa de la protección del Alerce, mucha gente de aquí trabajó en su extracción, porque era la única forma que teníamos de subsistir. No sabíamos que era una especie milenaria y una madera valiosa que se comercializaba en Europa.

Después nos preguntábamos: ¿Qué hacer? Mis tíos, que ya habían incursionado en la pesca —Marcos Huala, Ricardo Huala y Elías Maripán— pertenecían a la generación del mar, así que volvieron a la pesca, y lo mismo sucedió con todas las familias.

En esos años, las personas trabajaban con espineles y pescando a mano. Amarraban los anzuelos en un cordel largo de alrededor de doscientos metros y los iban dejando cada cierto espacio con la carnada. Había mucho congrio, así es que lanzaban los espineles por la noche y al día siguiente, bien temprano, se levantaban para sacarlos. Después los iban a negociar a Valdivia.

Al principio fue duro, porque salían en la madrugada y tenían que remar por muchas horas. Más tarde, aparecieron las lanchas y surgieron oportunidades con los intermediarios. El transporte, nos permitió ver otra forma de vida.

Una vez, durante las vacaciones de verano, encontramos mucho jurel varado en la playa. Con mis hermanos, nos pusimos botas para patearlos. Mi abuelo nos pidió usarlo como carnada y también para comer, pero como éramos jóvenes, seguimos pateándolos.

\*\*\*

En 1975, estudiaba en Puerto Montt. Desde Chaihuin, salíamos a las cuatro de la mañana a caballo para alcanzar el vapor en Corral, que partía a las ocho de la mañana. Llegábamos a Valdivia alrededor de las 10:30 horas, y me embarcaba en el bus. Mis abuelos aprovechaban para comprar sus cosas en Valdivia antes de regresar a Chaihuin.

Solo volvía para las vacaciones de verano por eso no tuve la posibilidad de trabajar en el campo. Entonces, sabía muy poco sobre la agricultura y ganado, pero aun así notaba una diferencia con la ciudad. Me chocaba el cambio del ambiente. En Valdivia notaba otro ritmo, y en Puerto Montt, aún peor. En Chaihuin, sentía esa unión con la familia y la tranquilidad del sector. En 1986, terminé mis estudios y regresé a mi tierra.

En los años ochenta, con la fiebre del loco, llegó el dinero a Chaihuin. El loco estaba presente en toda la costa, especialmente entre San Pedro y Bahía Mansa, en la costa de Osorno. Cuando no había aquí, se iban allá y volvían con las lanchas cargadas.

\*\*\*

A mí me tocó vivir esa faena. Trabajamos en Galera, un lugar muy rico en locos. Nos fue tan bien que logramos comprar equipos de buceo. En ese tiempo, las máquinas de buceo costaban alrededor de setenta mil pesos, dinero que podías hacer en el día porque el buzo ganaba más plata que el dueño de embarcaciones. Lo que no me gustaba era el reparto porque no era equitativo, a diferencia de ahora que, con un sindicato, la distribución se ha hecho más justa.

Después hubo un colapso bien notorio y tuvimos que irnos a trabajar a las machas, que eran el producto principal para las empresas. Su extracción nos hizo pensar qué significaba la conservación. Nos cambió la perspectiva porque nosotros fuimos los que depredamos la macha, agotando la riqueza de las playas. Hoy cuesta muchísimo encontrarla, pero cuando encontremos un banco, no se lo vamos a decir a nadie.

\*\*\*

Los Alerces eran gigantes. En algunos sectores, no había mucha vegetación a ras de suelo, lo que te permitía caminar y asombrarte con un bosque lleno de vida. Aún me acuerdo de los cantos de aves; de hecho, podía reconocer al carpintero o al chucao. Eran como grandes avenidas de árboles. No sé si yo era demasiado chico o simplemente me sentía pequeño.

Los Alerces no tienen mucha copa y eso permitía ver el cielo. Lamentablemente, no tuvimos la conciencia de proteger a esos gigantes. Nunca he culpado a las personas que trabajamos en la faena porque es parte de la historia y de cómo sobrevivimos. Lo que más dolió vino después.

Entre los años 1974 y 1975, las empresas forestales quemaron extensos bosques para sacar el Alerce muerto, ya que la ley solo permitía la extracción de árboles muertos y no de los vivos. Así, los incendios arrasaron con las montañas. El Alerce, por su tamaño, no se quemaba completamente y quedaban “muertos en pie”. Solo se llevaron aquellos de mayor diámetro. Los más pequeños o delgados permanecieron quemados y siguen ahí.

Cuando retorné a Chaihuin, una de las primeras tareas que asumí fue ser dirigente. Comenzamos a revisar qué podíamos hacer con las nuevas empresas forestales, primero fue Terranova y luego Bosques S.A, ambas habían reemplazado los bosques nativos por plantaciones de eucaliptos,





repetiendo las malas prácticas de aquellas que quemaron las montañas. Se formaron dos grupos, uno más radical con participación de organizaciones como Greenpeace y CODEFF; y el segundo grupo, que buscaba una solución más conversable y participativa. Yo pertenecía al segundo grupo.

En 1993 y 1994 trabajé en la instalación de luz eléctrica en la comunidad. Si bien es cierto que necesitábamos la luz eléctrica, antes de esta, la vida era diferente. Nos reuníamos todos para jugar pichanga. La gente mayor nos miraba, y después nos sentábamos con ellos a conversar y escuchar las historias del lugar. Al llegar la luz, nos dividimos. Cada persona se aisló en su casa y tuvimos menos tiempo para conversar.

Con la señora Adela Arriaza buscamos la manera de proteger el río. Fue un trabajo bastante duro convencer a nuestros asociados de que era necesario hacerlo, y gracias a esta perseverancia, hoy el río sigue teniendo uno de los bancos naturales más productivos de Chaihuin. También me tocó ser dirigente del comité de agua potable junto a Víctor Sepúlveda, y trabajamos para que la gente tenga garantizado este recurso y lo gestione de buena manera.

Fue muy doloroso enfrentar las consecuencias del colapso que habíamos provocado nosotros mismos. El mar ya no era generoso; el loco había colapsado y la pesca con espineles estaba en descenso. Por lo tanto, opté por regresar a Puerto

Montt y empecé a trabajar en un barco factoría.

Más tarde, retorné a mi tierra y hoy llevo dieciséis años trabajando en la Reserva Costera Valdiviana como coordinador de guardaparques. Sigo ejerciendo como dirigente sin serlo oficialmente porque tengo el tiempo y la posibilidad de seguir ayudando al sector. Tengo un compromiso personal con la comunidad.

No soy educador, pero sí una persona que conoce la historia del territorio. ¿Por qué no transmitir esa historia?

\*\*\*

En 1993, me casé con Elba Millar Navarro y, contra todo pronóstico médico, mi hijo Oscar llegó después de cuatro años como un regalo de Dios porque la naturaleza siempre dice lo contrario. Hoy, Oscar tiene 26 años y Joaquín, nacido cuatro años más tarde, tiene 22.

Desde un principio supe que mantener a mis hijos en Chaihuin iba a ser difícil por el invierno extenso y la falta de empleo. Hoy todavía no existe en Chaihuin un trabajo que permita vivir bien sin pasar necesidades, por eso la ciudad sigue siendo necesaria.

Mi hijo mayor está estudiando electricidad y el menor estudia recursos naturales. Ambos son muy apegados a la fami-

lia, conocen la historia y están vinculados con el territorio.

Cuando naces y creces en este lugar, piensas que todo es verde, pero la realidad es diferente. Las vertientes no existen en todos lados y hay gente que no tiene agua; entonces, aprendes a valorar lo que tienes. Eso nos transmitió mi abuelo, que no tenía dinero ni educación formal, pero tenía muchos conocimientos sobre la naturaleza.

Por ejemplo, nos enseñó a no dañar a los camarones porque ellos limpian los pozos de agua. Le daba pena cuando veía a personas comiendo camarones, porque no conocían su valor. También nos enseñó que cuando se tala un árbol, debe hacerse con respeto y solo por necesidad, para no dañar el ambiente.

Hemos tenido que aprender a golpes; por eso, para mí es tan importante el tema de las machas, porque eso nos hizo aprender que teníamos que conservar. También que debemos unirnos para cuidar nuestro territorio.

Lamentablemente, en ciudades no se hace comunidad. Las personas no se conocen y eso provoca que nos encerremos o dudemos del otro. En Chaihuin, aun las personas te reciben con confianza.

Las familias Antillanca y Huala marcaron el territorio. Mi abuela también era Antillanca, por lo tanto, todos somos familia.

Nombre: Danilo Rubén González Huala  
Fecha y lugar de nacimiento: 19 de marzo de 1969, Chaihuin  
Madre: Marcela Huala Navarro  
Abuelos: René Huala Huala y Sirila Navarro Antillanca

# Héctor Elías Baeza Garrido

Nací por parto natural en Huape. Me trajo al mundo una abuelita que asistía a las mujeres del sector porque no había caminos para ir al hospital. En esos tiempos, la única forma de llegar al pueblo era en bote o a caballo.

En aquel entonces, no había tantas casas, pero las familias eran numerosas, con entre cuatro y siete niños por hogar. Nos reuníamos entre las cinco y las seis de la tarde, cuando íbamos a juntar, ralea o encerrar las ovejas. Ahí nos encontrábamos con los demás niños y jugábamos a las bolitas y al trompo, que eran los juguetes de la época.

Los fines de semana siempre había partidos de fútbol en la cancha de Huape. En los primeros años no nos permitían jugar porque éramos muy chicos y el fútbol de antes era más rudo, no tenía tantas reglas como ahora. Los adultos temían que nos pasara algo, y además andábamos descalzos o con medias de lana.

La mayoría de la ropa que usábamos la confeccionaba mi mamá con la lana de nuestras ovejas. Los tejía chombas, pantalones, gorros y calcetines, pero no teníamos zapatos así es que andábamos descalzos.

La escuela estaba un poco más arriba, a unos diez minutos de mi casa. Muy cerca había una laguna que en invierno se escarchaba. Nosotros solíamos jugar allí, haciendo resbaldas en la laguna. Siempre nos agrupábamos varios niños, porque en la mañana todos íbamos a la escuela y después a las trece horas volvíamos juntos.

Teníamos dos grupos: los de la escuela hacia arriba y los de la escuela hacia abajo. Cuando salíamos, primero nos insultábamos y en el camino muchos intentaban pelear. Nos separábamos, porque eran cosas de cabros chicos. Al día siguiente, estábamos en la escuela como si nada hubiera pasado.

Otra de nuestras entretenimientos era cruzar unos puentes de palos en el camino. Nosotros, los chicos, nos tirábamos al agua y movíamos los palos cuando pasaban las mujeres para que se cayeran. Ellas tenían que esperar a que pasáramos nosotros y luego cruzaban, porque si no, les movíamos los palos y se caían. Esas eran nuestras travesuras, no eran tan pesadas ni violentas como las de ahora.

La escuela estaba un poco más allá. Todavía funciona, aunque ahora se llama “Escuela Rural de Huape”. En aquellos

años, era una escuelita vieja que había construido la comunidad. En los inviernos, la reforzábamos con palos para que no se cayera. Era de pura tejuela y madera de alerce trabajada por la misma gente.

\*\*\*

Mis padres José Segundo Baeza y Blanca Garrido Ortiz trabajaban en la agricultura, la producción y venta de carbón en Corral. Yo seguí su camino porque nunca fui amante de la pesca. A los siete y ocho años acompañaba a mi papá a voltear árboles al monte. Él tiraba los troncos con bueyes, los cortaba y producía la leña. Yo lo ayudaba con la “corvina”, una sierra que usábamos entre los dos.

Para hacer el carbón, prendíamos el horno y preparábamos la madera. Los hornos se cubrían con tierra. Primero se ponía helecho, se apilaba la madera, se volvía a cubrir con helecho y luego con tierra.

También usábamos ramas y matas de renuevo. Limpiábamos el terreno, cortábamos las matas para despejar el área y con esas mismas matas cubríamos el horno con tierra para luego sacar el carbón.

La leña la sacábamos del cerro donde crecían ulmo, olivillo, coigüe, luma y tepa, entre otros árboles nativos que llegaban hasta el borde del camino. Derribábamos un solo árbol

y con él hacíamos entre cien y ciento cincuenta sacos de carbón. Actualmente, en el monte, esos árboles se han perdido; solo queda renuevo.

Nosotros teníamos un bote pequeño a remo y también una carreta. Cargábamos en el bote e íbamos a comercializar el carbón al puerto de Corral. Una lancha llevaba entre cincuenta y cien sacos de carbón. A veces, venían a Huape a comprarlo directamente.

Teníamos que subsistir todo el año, por eso en el verano, trabajábamos con el erizo, y para eso había que bucear. Más tarde, surgió el tema de los locos y las vedas. A los buzos les daban cupones para extraer una cantidad específica y así controlar la extracción del loco, que se estaba sobreexplotando. Así empezó a funcionar la regulación.

\*\*\*

Fui un patiperro. A los catorce años me fui al norte con mi medio hermano Javier Torres, que estaba trabajando en Arica. Estuve nueve años allá. Era mi hermano mayor, porque mi mamá se casó dos veces.

Volví a los veinte cuatro años con mi polola de Arica, Angela Silva. Más tarde, nos casamos, y nos establecimos en Huape. En ese tiempo, el buceo era más común que la pesca.



Con mi papá construimos una embarcación y adquirí un equipo completo. Tuve que hacer el curso de buzo porque era obligatorio. Fui a la escuela como un niño, estuve dos meses haciendo ese curso en Corral con un instructor que luego falleció. Después, venían instructores a evaluar a los buzos que se tiraban al agua con ellos, y los que funcionaban bien recibían el permiso. Así fue como comenzamos a trabajar y desde entonces me dediqué al tema del loco y olvidé la leña y el carbón.

Formé mi tripulación con vecinos y amigos. Bajo el agua se encontraba de todo: erizos, locos, jaibas, piures, picorocos, pero no se comercializaba mucho. También sacaba para el consumo familiar y para compartir con los vecinos.

Antes la gente era más unida. Con un bote pequeños salíamos a las cuatro o cinco de la madrugada y volvíamos cargados de mariscos a mediodía, porque después salían los vientos. En el puerto los vecinos ayudaban a subir el bote, sacar las cosas, porque todo se hacía a pulso.

Ahora todos tienen chatas y huinches para mover las embarcaciones, con motores grandes de treinta, cuarenta, sesenta caballos de fuerza o incluso más. La vida es más fácil. Salen a las ocho de la mañana y en media hora ya están en la zona de trabajo. Pasan un par de horas en el agua y a las doce ya están almorzando en su casa.

\*\*\*

Cuando empecé a bucear, no existía un sistema regulado para la extracción de locos. La gente simplemente los recolectaba y vendía a muy bajo costo. Antes, no se ganaba ni la mitad de lo que se obtiene ahora.

Todos estábamos inscritos como buzos y no había control, por eso intervino la Gobernación, SERNAPESCA y otras entidades. Comenzaron a ofrecernos información y charlas sobre cómo cultivar y mantener el producto, y también de cómo obtener mejores precios, entre otros temas.

Nos explicaron que, si nos uníamos a través de un sindicato, podríamos solicitar áreas de manejo, similares a la tierra, donde se nos asignaría una porción de mar para explotar y cuidar. Así nació nuestro sindicato, y otros más en la zona. Hoy se comercializa a través del sindicato y están las áreas de manejo para su regulación.

No hemos perdido el rumbo, lo cual nos ha permitido mantener las áreas de manejo en buen estado. También nos adjudicamos proyectos para cuidar las áreas, construir una caleta y tenemos planes para un puerto.

Hace unos años una institución nos habló sobre las caletas. Nos entusiasamos y comenzamos a trabajar en una. Sin embargo, el lugar elegido resultó inadecuado y fue destrui-

do por el mar. Recuerdo que teníamos un huinche y un varadero con rieles de tren, todo eléctrico y fácil de usar, pero durante un invierno, el mar pegó fuerte y destruyó los fundamentos que habíamos construido. Seguiremos luchando.

\*\*\*

Durante la primavera, me dedico a la recolección de luga. Esta alga, cuando madura, se suelta y el mar la arrastra a la orilla. Sin embargo, debido a la contaminación, la luga se desprende en la mitad de su crecimiento y esto afecta su calidad. También hay luga en las piedras, conocida como luga corta. Antes pagaban mal, pero hoy los precios son altos.

También recojo cochayuyo. Se vende seco y están pagando alrededor de quinientos pesos por kilo. Llevo años trabajando en su recolección y sé que debe hacerse en ciertas épocas y de manera seleccionada. Por ejemplo, el cochayuyo nuevo no lo sacamos hasta su temporada entre febrero y marzo.

Sin embargo, llega gente del pueblo a recolectar cochayuyo sin estar registrada en SERNAPESCA y arrasan con todo sin saber que aún no está listo. A menudo nos dicen que el cochayuyo se va a extinguir debido a la sobreexplotación, pero llega el invierno y el mar llena las playas. Luego, en primavera, el cochayuyo vuelve a crecer. Es como el pasto.

Mi señora cocina con cochayuyo. Hace charquicán y ensaladas, pero ahora no comemos tanto como antes. Cuando éramos niños, nuestras madres iban a la playa y traían casi la mitad de la comida hecha. Ellas decían que, con solo tener sal y agua en la casa, podían llenar la olla con luche, cochayuyo y mariscos.

Uno de los recuerdos más bonitos fue cuando buscábamos el cochayuyo mojado durante el invierno. Le llamábamos “mojado” porque era el que traía el mar y no se secaba. Íbamos a un lugar en Huiro a buscarlo. Nos quejábamos porque el sol no era capaz de secar una hebra. En un día cargábamos dos o tres camionetas con cochayuyo verde y nos pagaban muy bien. Se nos quitaba el cansancio.

\*\*\*

Cuando tenía seis años, ocurrió el terremoto de 1960. Frente a mi casa había un puerto donde había botes. Aunque yo era un cabro chico, vi a los mayores subir a los botes para rescatarlos cuando comenzaron las olas. Los veteranos y nuestros padres no nos dejaron ir hacia el puerto. Mi abuelita cuidaba de mí, de mi hermana y de unos primos que vivían cerca.

En el puerto había entre cuatro y seis botes de distintas familias que se juntaron para salvarlos. Nosotros observábamos cómo las olas se llevaban los botes. No lograron sacar





todos hacia la pampa y, de pronto, una ola arrastró uno de los botes, dejándolo encima de las matas.

Cuando el mar retrocedió, quedó en seco y se podía ver unos cien o doscientos metros hacia afuera. No podíamos hacer nada. Las abuelitas que estaban con nosotros no nos dejaban ayudar.

Luego, estuvimos como una semana en el cerro. Después, empezaron a pasar Carabineros y helicópteros, que aterrizaban en las pampas, y decían a la gente que se alejara de las costas, porque las olas iban a seguir llegando.

Murió gente. Conocí el caso de mi abuelo, que vivía en Amargos, frente a Corral. Dicen que cuando las olas se adentraron, una lancha con tres o cuatro tripulantes estaba atracando en la caleta.

Mi abuelo, que estaba en su casa, salió con su lancha para intentar rescatar a los cabros que el mar se llevaba. No volvieron ni mi abuelo ni la otra gente. Nadie. Fueron tres olas grandes las que pasaron. Falleció mi abuelo y, hasta el día de hoy, no lo hemos encontrado.

Mis amigos también se acuerdan. Uno de ellos, que era más chico, recuerda que su mamá, mientras huía, perdió su chala en medio del barro. Después, toda la familia estuvo buscando esa chala por varios días, porque eran los únicos

zapatos que tenía. En ese tiempo, las sandalias se hacían con cuero de cordero para las mujeres y con cuero de vacuno para los hombres.

\*\*\*

Soy feliz en el campo. Para sacarme, tendrían que hacerlo con la policía. A veces voy a Corral o Valdivia, estoy una hora y media y no me gusta. Tengo mi vida en Huape, mi familia, mis animales, así que me entretengo y el día se me hace corto.

Años atrás, la mayoría de nosotros tenía muchos animales y los dejábamos libres en la cordillera. Hoy solo tengo dos vacunos, veinte gallinas y diez perros. Les doy alimento y durante el día los dejo sueltos en mi terreno. También tengo una yunta de bueyes en Huiro, que traigo a Huape cuando necesito arrastrar leña o limpiar terrenos. Ya están amansados.

Nombre: Héctor Elías Baeza Garrido

Fecha y lugar de nacimiento: 5 de octubre de 1954, Huape

Padres: José Segundo Baeza y Blanca Garrido Ortiz

# Horacio Antillanca Aguayo

En Huiro siempre llevamos una vida sencilla, dedicada al cuidado de animales, la siembra y cosecha, la pesca y el contacto con la naturaleza. Debido a la lejanía, mis hermanos y yo nos fuimos al internado de la escuela de Chaihuin. Nuestros padres nos llevaban el lunes y regresábamos a la comunidad el viernes. No fue fácil dejar la casa siendo tan pequeño porque representó un gran sacrificio para mis padres, quienes estaban obligados a hacerlo. El cambio fue radical, pero era parte de lo que nosotros, como miembros de la comunidad, debíamos hacer para salir adelante.

Junto con mis hermanos y primos, formábamos un grupo de ocho a diez niños. Realizábamos ese viaje cada semana, a veces caminando y otras a caballo por una huella. No había camino ni puente en Chaihuin.

Nunca sufrimos tantas pobreza, pero tampoco nos sobraba. Mis primeros años de vacaciones trabajaba, aportando con lo mío, que no era gran cosa. Era como un juego. Eso significó aprender de la pesca, de la crianza de animales, a montar a caballo y rodear, de la siembra; significó ser parte de un sistema.

El caballo marcó una etapa. Me subí por primera vez a los tres años y logré afirmarme como acompañante de mi hermano que era dos años mayor que yo. Viajaba con él, en las ancas del caballo mientras él lo guiaba. Después, a los cuatro o cinco años, ya me manejaba solo. El caballo era nuestra movilización.

Mi papá fue el primero que se alejó de sus padres, construyendo su casa a unos tres kilómetros de distancia. Todas las tardes, agarrábamos el caballo e íbamos a tomar once donde mis abuelos. Veíamos la televisión con batería y regresábamos en la noche muy cansados.

\*\*\*

Durante mi infancia, acostumbraba a ir solo a la playa para pescar entre las rocas, pasando horas en ello, incluso en el invierno. Prefería la orilla por seguridad, a diferencia del mar, donde no había certeza del clima ni de lo que podía ocurrir.

Mi vínculo con el mar proviene de mi padre, abuelos y de mis tíos. Siempre se habla de los abuelos y padres, pero no

de los tíos. En mi caso, la conexión con ellos fue importante, porque me enseñaron cosas tan valiosas como las de un padre.

Cuando fui adolescente, me alejé de la orilla y empecé a trabajar en la pesca, motivado por algunos productos que se podían vender. Una de las primeras veces que pude ganar dinero fue sacando corvina, empleando lienzas y redes en la caleta de Huiro. Mi papá tenía un bote y era común que saliéramos juntos.

Siempre me gustó el mar, aunque me provocaba miedo sentirme lejos de la tierra. Afortunadamente, nunca pasó nada grave. Aunque reconozco que la idea de salir de noche para calar los espineles me dio mucho temor.

En aquel tiempo, las condiciones marítimas eran malas y cambiantes. Se colocaban los espineles y al día siguiente era necesario recogerlos. En ocasiones, nos sorprendía un temporal y ponía en duda nuestro regreso a casa.

\*\*\*

Tuve la suerte de nacer en una comunidad indígena, donde por muchos años se vivía y trabajaba colectivamente. Nada se hacía de manera solitaria. A este tipo de colaboración se le llamaba “mingas”, término que difiere del usado en Chile donde se aplicaba para trasladar casas.

Con el tiempo, comprendí que “minga” también significaba sembrar y cosechar. Recuerdo, por ejemplo, cuando mi papá decía: “Hoy vamos a la minga de los abuelos para cosechar su huerto”. Todos: hijos, primos y vecinos participábamos, porque éramos comunidad.

Cuando fuimos más grandes, a eso de los diez años, empezó la comercialización de algas. La luga era plata y un trabajo relativamente sencillo para nosotros, ya que había mucha y cualquiera podía hacerlo, incluso nosotros siendo niños. No ganábamos un montón de dinero, pero se convirtió en un trabajo de verano.

El cochayuyo empezó después en Huiro. Recuerdo que cuando tenía unos quince o dieciséis años, el cochayuyo empezó a ser comercializado. Mi familia no lo vendía mucho, porque estaba integrado en nuestra alimentación. Siempre consumimos “el lunfo” o “ulte”, como solíamos llamarlo.

El cochayuyo era parte de nosotros. Quizá por eso no trabajé en su extracción, porque entendí que no era bueno para la costa. Acá nunca se hizo un trabajo sustentable y eso trajo un montón de problemas. Hay que pensar que muchas de estas especies se crían en los mismos hábitats que el cochayuyo y se necesitan.

Existe una relación entre Huiro y el cochayuyo, ya que formaba parte de nuestra alimentación y de la de otros seres.



Por esta razón, decidí no participar en su comercialización, porque sentí que, como Mapuche Lafkenche, era nuestro y todavía como familia, lo sentimos así.

Montar a caballo fue parte del crecimiento en el campo y del vivir en una comunidad indígena donde se convierten en un apoyo más. Eran nuestros acompañantes para la crianza de animales, que resultaba sencillo en un territorio sin divisiones.

Soltábamos los animales en Huiro y al día siguiente podían encontrarse en Galera o Colun. Nos preocupábamos de rodear o ir a verlos cada quince días o, en ocasiones, semanalmente. Durante el invierno, podía transcurrir hasta un mes sin que visitáramos a los animales.

Montados en caballos y acompañados por nuestros perros, salíamos en su búsqueda. Mi padre y yo éramos parte de los camperos o rodeadores del sector. Dejábamos a nuestros animales en un lugar mientras otra familia hacía lo mismo sin que esto causara confusión. A pesar de que los animales no estaban marcados, cada uno reconocía los suyos.

Esta práctica se mantiene, aunque ahora se reúne a los animales al menos dos veces al año y marcados por razones sanitarias. Todas las familias propietarias coordinamos para juntarlos, se rodea durante tres días, y luego se llevan al sector más elevado.

Crecí cuidando a las ovejas ante la posible aparición del puma y también protegiendo los cultivos que requerían igual cuidado, porque en un territorio tan alejado, donde los cercos eran inexistentes, era más fácil para el puma aproximarse. Hoy, en cambio, existen mallas y rejas que impiden el acceso de los depredadores tanto a los cultivos como a las aves.

Así transcurrió mi infancia: aprendiendo y protegiendo la producción. Nuestro alimento principal fue la papa. Generalmente, plantábamos casi media hectárea lo que implicaba sembrar unos diez sacos para luego cosechar cien sacos y consumir sesenta de ellos. Después con el tiempo comenzamos a incorporar arroz y fideos. Nunca nos faltó alimento, pues todo giraba en torno a la papa.

\*\*\*

Había un lugar importante en la casa donde sucedían muchas cosas. La cocina a fogón no solo funcionaba como almacén para las papas, sino también para ahumar carnes y mariscos, y cocinar tortillas o pan ante la ausencia de electricidad, refrigeración u otros medios, siendo el ahumado la única técnica de conservación de alimentos.

Con la llegada de la civilización, nuestro contacto con la cocina se fue alejando. Antes, preferíamos compartir en torno al fogón en lugar de estar frente al televisor, ya que constituía el corazón del hogar. Era una “ruka” aparte.

Recuerdo que, en mi infancia, las casas estaban construidas de Alerce, con techos de chupón y un fogón central. Así era mi casa, tal como hace unos cuarenta o cincuenta años atrás. La madera del Alerce se obtenía de sectores muy alejados y de difícil acceso.

Su transporte, realizado con bueyes, implicaba días enteros de trabajo. Mi papá me contó de los últimos viajes para buscar Alerce en el sector de Chaihuin alto o más arriba por donde vivía mi abuelo Germán. Allí estaba la subida hacia el bosque de Alerces.

Hoy no sé cómo se llaman esos sectores, pero ahí estaba el paso y la gente iba en carretas que no tenían ruedas junto a unos bueyes gigantes. Mi papá tenía unos “elefantes”, capaces de arrastrar un árbol completo. Eran necesarios, porque había que despejar el camino del bosque nativo.

Mi papá y tíos partían y en unos dos o tres días regresaban. De Chaihuin a Huiro eran ocho kilómetros, sumado a los kilómetros hacia arriba, era un sacrificio necesario, pues el alerce era lo mejor para construir casas.

Antes se vivían en rukas de revellín las cuales eran muy desabrigadas. Después con el Alerce cambió todo, porque era más cálido y mucho más fácil de trabajar ya que tiene una veta que, al cortarla, se desprende como una tabla. Por eso, no se necesitó muchas herramientas y era fácil hacer la tejuela.

Nuestra comunidad jamás explotó el Alerce, solo lo utilizó para construir sus casas. Los Alerces siempre estuvieron ahí, lo veían como un árbol sagrado o tan potente que no sentían la necesidad de cortarlo.

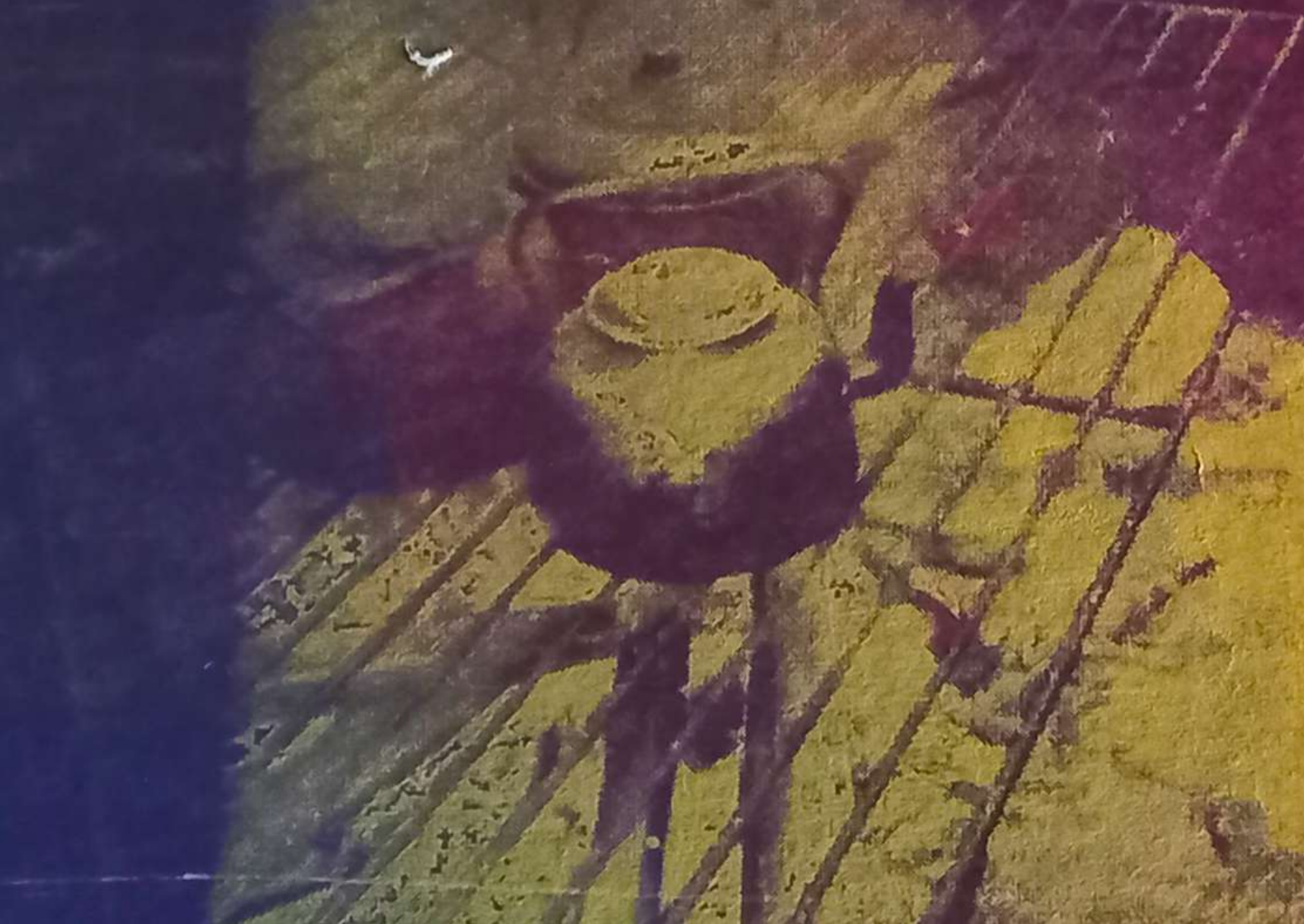
\*\*\*

En tan solo un par de años, el paisaje se transformó. Los recuerdos del entorno rico en flora y fauna desaparecieron cuando las empresas forestales llegaron para talar todo. Este cambio fue impactante y permanece vivo en la memoria.

Mis abuelos partieron con ese dolor, siendo testigos de la destrucción de la vida natural. Además, en ese tiempo, pasaron otras cosas. Intentaron desalojarnos de nuestras tierras, donde hoy está la comunidad de Huiro, marcando la vida de nuestras familias y acarreando otras problemáticas como vivir en un espacio más reducido.

Vimos arder cientos de hectáreas de bosque nativo. Esto provocó un cambio rotundo en el entorno. Me afectó muchísimo, en especial a mis padres y abuelos, quienes no comprendían el concepto del “Estado de Chile”, como dueño de los territorios.

La comunidad de Huiro fue repentinamente despojada, obligándonos a abandonar un territorio que para nosotros era todo. La empresa Terranova decía: “Esa tierra no te per-





tenece y tienes que irte”. “Estos territorios son de nuestra propiedad y queremos quemarlos”. Lo más triste es que ni siquiera se aprovechó esa madera.

Mis padres, tíos, y abuelos llevaron consigo ese pesar. Después de ocho años de lucha, se logró obtener los títulos de dominio para la comunidad.

Imagina ver arder las cordilleras donde antes todo era vida y ser testigo del despojo. La instalación de cercos y el decirle a la gente que ha vivido allí toda su vida “tú ya no puedes pasar para aquí porque ya no es tuyo”, marcó un antes y un después.

Hoy, nosotros, los más jóvenes, nos hemos adaptado, en parte, porque muchos hemos migrado. Yo vivo entre la ciudad y el campo, y crecí con el concepto de propiedad privada y los espacios delimitados, pero mis padres y abuelos enfrentaron una época difícil.

Ellos tuvieron que adaptarse de golpe a una realidad a la cual no estaban acostumbrados. Con el tiempo, se dieron cuenta de que muchos se habían involucrado en ello, ya que el Estado les había vendido la idea de “negocio o “sustento” a pesar de los desastres que esto podría causar en su propio entorno.

También enfrentaron las restricciones impuestas por la Ley de Pesca y las concesiones marítimas. Les decían que ya no podían ir a pescar o mariscar en ciertas áreas, porque “esto ya no te pertenece”.

No solo se trató del territorio terrestre, sino también del marítimo. Hoy en día, las concesiones marítimas limitan lo que puedes trabajar y qué actividades puedes hacer. Para nuestro pueblo lafkenche, esto nunca fue así, éramos libres y trabajábamos en la macha en Colun, pescábamos en Gale-ra o incluso hasta Hueicolla.

Siempre hablamos con mis padres lo que significó la destrucción del bosque y la quema de terrenos; el despojo de la comunidad y lo que pasó con el mar. Si para nosotros, que somos relativamente jóvenes, fue impactante, para ellos el dolor fue mucho mayor.

Mi generación, así como las nuevas, están volviendo a Hui-ro, porque tenemos la responsabilidad de conservar y contar la historia que allí ocurrió. Llevo trabajando más de quince años en la Municipalidad de Corral, y eso me ha permitido darme cuenta de todo el potencial que tiene Huiro debido a su historia. Una historia que comienza y termina con los cochayuyos, los Alerces, los Ngen, la vida de campo, la crianza de animales y las siembras.

Nombre: Horacio Baldemir Antillanca Aguayo

Fecha y lugar de nacimiento: 3 de marzo de 1983, Corral

Padres: María Emilia Aguayo González y

Juvenal Enrique Antillanca Antillanca



# Ismael Gonzalo Antillanca Antillanca

Me crié en el mar de Huiro, por eso, desde pequeño, fui pescador como mis abuelos, y hasta el día de hoy, sigo metido en el mar.

A los doce años, comencé a salir a pescar sierra, corvina y congrio. Usábamos espineles y salíamos en un bote a remo o a vela. A los dieciocho años, empecé a bucear de manera profesional con mi matrícula.

En la cocina a fogón de mi casa, teníamos más de cien robalos colgados, ahumándose; después los secábamos y partíamos a Corral a venderlos “mochileando”. No había caminos, así que nos íbamos por la orilla del mar hasta llegar al pueblo. Allá cambiábamos los pescados por mercancía que traíamos al hombro hasta Huiro.

Cuando venían los temporales, me quedaba en tierra y con mi familia nos dedicábamos a la marisca, hacíamos carbón, y salíamos a buscar y cortar leña. También sembrábamos trigo, arveja, papas y maíz.

Teníamos animales, así que ayudaba a cuidarlos. Los viejitos los rodeaban una o dos veces al año. Los juntaban en un

corral y allí los marcaban y mataban para compartir. Pasábamos dos o tres días en eso. Salíamos en la mañana y regresábamos en la tarde.

Hoy seguimos haciendo lo mismo con mis hermanos y primos. Hace unos días rodeamos cerca de doscientos animales. Después carneamos uno para compartir, porque así es la cosa, tienes que ser generoso con tu gente.

A pesar de mis años, sigo con la vida que me tocó. A veces buceando en el río; rodeando animales o poniendo las manos en la tierra.

Solo he sido apatronado cuando estuve en las forestales, después de ese tiempo, nunca más.

\*\*\*

El Alerce fue explotado y llevado a otros países. Hoy, no se saca ni para hacer una cuchara. Hay muchos palos muertos, abandonados en el monte.



Conocí los bosques de Alerce porque soy de Huiro. Tenía catorce años cuando empecé a trabajar en las forestales. Comenzaba a las cuatro de la mañana en los caminos, sacando alerce desde Colun. Después, tomé el hacha para voltearlos.

Se sacaba mucho Alerce en la cordillera. Los camiones bajaban cargados y diariamente hacían cuatro vueltas. Eran quince camionadas, con cuatro viajes al día, cargando rumas de Alerce y más de sesenta yuntas de bueyes madereando arriba.

Había un campamento con más de quinientas personas; todos tenían sus casas. Me encantaba trabajar allá, pero pagaban así no más y sin contrato, porque no tenía edad. A los diez años, me pasaron un hacha y el murrero para trabajar.

Recuerdo a la empresa Ralco, que era una tremenda faena donde trabajaban unos españoles, luego vino otra forestal, una que compró González. Cuando explotaron todo, se fueron y dejaron botada la cordillera. Solo sobrevivieron los árboles que fueron capaces de resistir no más. Los que están, son nuevos.

\*\*\*

También cambió el mar. Nosotros teníamos un pescadito que usábamos de alimentos para los perritos y también para nosotros; se llamaba “chalaco” y lo encontrabas entre las rocas, era muy abundante. Llegó el visón y no dejó ni uno. Se llevó todo: los

peces y pájaros del río, incluso el coipo que usábamos nosotros.

¿Para qué voy a contar más historias sobre esto? Todos saben lo que hizo el visón acá, era un animal muy ingenioso. También se acabaron otras especies como el picoroco, la jai-ba, el piure y otras más. Ahora los únicos pescados que se ven por ahí en las piedras son el rollizo y el robalo.

El visón no dejó nada, así es que no tengo nada más que contar, basta con este tema.

\*\*\*

No conocí el zapato cuando era niño. Usábamos unas chalitas de vaca que hacían con el cuero del animal. Mi mamá tejía nuestra ropa, así que nos vestíamos con lana de oveja.

Recién a los trece años fui a la escuela. Desde Huiro, íbamos todos los días a pie por la orilla del mar hasta llegar a Chaihuin, donde estaba la única escuela de estos lados. Con lluvia, trueno, y como fuera, llegábamos a la escuela.

Habría sido estupendo tener más educación, porque tenía buena memoria. Estuve dos años y aprendí a leer “saltaito”, a escribir más o menos, y a restar, sumar y dividir. Eso fue todo lo que me enseñaron esos dos años. No seguí, porque era demasiado lejos. Entonces, me dediqué a mariscar, trabajar la tierra y cuidar a los animales.

Sigo en lo mismo. Desde septiembre a enero, me dedico a la leña; después a pescar y trabajar con mis animalitos. Es harta pega, porque hay que mantenerlos y darles de comer, además, porque cuido de un caballito que está muy enfermo.

Mis hijas Jimena y Claudia y mis nietos Julián, Sayen y Antumalen son mi vida. Ellos están aquí todos los días; son mis regalones. Julian estudia kinesiología en la Universidad Austral de Chile. Antumalén tiene once años y está en la escuela de Huiro y Sayen de quince años estudia en el liceo de Corral.

Quiero que mis nietos estudien y trabajen en lo que ellos deseen. No es justo que se sientan obligados, como nos criaron a nosotros. Antes, nos daban un hacha y debíamos ir al monte a trabajar; si el mar estaba bueno, salíamos a pescar en la madrugada. No teníamos otra opción.

Hoy los niños tienen más oportunidades. Siempre soñé con tener a alguien que fuera mecánico. Si hubiera tenido la opción, yo habría estudiado mecánica. Hoy en día no se puede obligar a estudiar una carrera que no quiere porque tienen que ser felices y hay que apoyarlos en todo lo posible.

Ojalá mis nietos vuelvan todos los fines de semana, porque el abuelo ya no está bien.

Con eso ya he contado suficiente.

Nombre: Ismael Gonzalo Antillanca Antillanca  
Fecha y lugar de nacimiento: 16 Agosto de 1957, Huiro  
Padres: Juan Antillanca Llanca  
e Isidora Antillanca Llauquen



# Cristian Antillanca Antillanca

Estudié hasta sexto básico en la escuela de Chaihuin, el nivel más alto que ofrecía la escuela, lo que se consideraba como una graduación de los estudios. Después de eso, la gente se hacía pescadores o, algunos, aspiraban a ser buzos mariscadores. La verdad es que también yo quería ser buzo mariscador, ya que no había muchas otras opciones y eso representaba el futuro. Desde que habían llegado los equipos modernos de buceo, todos querían ser buzo.

Tenía 12 años cuando comencé a trabajar como recolector de orilla en las machas. Sentía que el mar me trataba muy mal porque era demasiado liviano y pasaba frío. Veía que los demás no sufrían tanto como yo; estaban, de cierta forma, “biológicamente” más preparados, lo cual me frustraba. Intenté muchas veces trabajar en el mar, pero mi organismo se resistía y terminaba muy mareado.

“Vamos a sacar locos, tú tienes que ayudarnos” me decían. Aunque siempre respondía que no había problema, por las noches comenzaba a sentirme mal; el dolor en la guata y en todo el cuerpo era insoportable, y por las mañanas me sentía horrible. Era algo que no podía controlar. Recuerdo que un verano decidí dibujar con carboncillo para canalizar mis

sentimientos. Sin embargo, sentí que el dibujo no lograba interpretarme. Continué hasta que un día mi padre me dijo: “Definitivamente no sirves para el mar, vas a tener que estudiar”.

Teníamos una ventaja porque mi hermano mayor había viajado para estudiar fuera de Chaihuin; entonces, sabíamos que era posible. Sin embargo, era difícil para mi familia por la falta de recursos. A pesar de todo, fui a estudiar a Corral y me quedé en un internado durante dos años. Después, no volvía muy seguido a casa y cuando regresaba lo hacía pie o en lancha. Esta última opción era una brutalidad para mí, ya que no me gustaban los viajes en bote por que mareaba.

\*\*\*

Durante un verano, trabajé en la explotación de alerces. Un día mi mamá me dijo: “Sabes, conozco a un hombre que trabaja arriba como administrador, se llama “Piti Muñoz”. Había oído hablar de él en varias ocasiones; la gente siempre vuelve a los mismos temas, así que sabía quién era. Era un personaje conocido para todos, a pesar de que nadie lo había visto en años.



Un día apareció: ¡Es él, es Piti Muñoz! gritó mi mamá. Cuando el hombre se acercó, ella le preguntó: "¿Qué hace?" A lo que él respondió: "Llegué de arriba, trabajo en la explotación de los alerces". La conversación siguió: "Justo la semana pasada estábamos hablando de usted. No recuerdo exactamente el tema, pero ¿podría mi hijo trabajar allí, arriba?" Y él amablemente respondió: "Claro, ningún problema".

En ese momento, mi mamá y yo estábamos en Huiro cuando el señor dijo: "Tengo que ir a Chaiuin. Arréglenle sus cosas y pasará a buscar al joven por la tarde". Todo sucedió muy rápido. Yo tendría unos treces o catorce años. El hombre me pasó a buscar como lo prometió. Partí con un bolso con mi ropa, un jarro, un plato y lo mínimo para sobrevivir. El viaje fue larguísimo en un jeep 4x4 viejo.

Mi hermano realizó ese mismo viaje, y más de una vez lo escuché hablar de ello, por eso no me resultó difícil. Además, habíamos conversado con mi mamá sobre su trabajo. Él fue despachador, es decir, que medía cuántas pulgadas de madera había en cada camión y las ordenaba. Mi plan era seguir sus pasos, pero mi escasa educación hacía difícil que me asignaran a ese puesto.

Al llegar, me encontré con un pueblo que parecía sacado de una película del oeste, en medio de la selva. Llegamos atardeciendo y un hombre me dijo: "allá tiene que ir". Se veía un punto de luz en toda esa inmensidad: la administración.

El pueblo tenía una calle rodeada de construcciones de tejuelas de alerce, todas grises, porque las tejuelas toman ese color con el tiempo.

En el pueblo gris, otro hombre me dijo: "te llevaré a la pensión". Ahí conocí a una señora de apellido Sánchez; su nombre no lo recuerdo. La pensión era para comer y la señora resultó ser muy amable, porque también conocía a mis papás y tíos. Ellos visitaban el lugar para intercambiar productos del mar por alimentos como fideos, arroz, hierba; realizaban trueque por pescado y regresaban cargados. Todos quedaban felices.

Mi papá, tal vez, haya sido conocido por el trueque y, seguramente, porque también trabajó en los alerces. Por eso me dejaron dos meses ayudando al "Toro", un cargador de la sierra de despuntar. Una mañana me llamaron: "Lo que tú vas a hacer es levantar las cargas para que el toro las acarree". La cuestión es que me quedé ayudando al cargador.

Le decían el "Toro", porque era un hueón forzado, enorme, capaz de cargar sobre su hombro pesados trozos de alerces. Un día, el "toro" me dijo: 'Espérame un poco, arrúmame hartas maderas mientras voy a ayudar a los volteadores a dar vuelta un alerce enorme". Recuerdo que era un tronco de cuatro o cinco metros, que necesitaban voltear para meterlo a la huincha. Él se fue para allá y, de pronto, todo se volvió un caos. Los hombres gritaban, corrían; pararon las máquinas y toda la actividad se paralizó.



¿Qué pasó? —pregunté. Dijeron que al toro se le había caído el tronco en el pie, y obviamente, se lo había quebrado. No sé cómo bajaron a ese hombre de la cordillera, porque fue un accidente gravísimo. ¡Se lo llevaron en camión! —decía la gente.

Me preocupé, ya que no sabía qué iba a hacer. Pasaron un par de horas y me dijeron: ¡Tendrás que hacer el trabajo del toro! Me convertí en cargador de la sierra de despunte. Para ayudarme, trajeron a otros más chiquititos que yo, que debían tener ocho o nueve años. Esos cabritos me molestaban todo el día. Me hacían los montones de madera. Después, yo llevaba esas maderas y cada vez me cargaban más para ver cómo sufría, y de eso se reían. Tenía que llevarlo a un lugar alejado donde los arrumaban. Ahí estaban los niños, burlándose de mí.

Siempre me gustó la música en inglés al igual que a mi hermano. En ese tiempo, escuchaba a los Gus & Roses, es decir, heavy metal, después, el grunge. Mis hermanas también escuchaban a Pink Floyd, así que también recordaba esa música, Muy diferente a las rancheras que escuchaba la gente por acá.

Me gustaba, y yo cantaba y cantaba a todo pulmón ya que había un ruido espantoso en el lugar por las máquinas funcionando. Además, pensada que nadie me escuchaba. Y cantaba como me salía. Noté después, con el tiempo, que

uno puede hacer la separación de sonidos y silenciar otros. Entonces, los niñitos ya habían entendido esa cuestión y me pusieron un apodo, “Wasilei”, algo así, por como cantaba en inglés. Los odiaba con todo mi corazón; eran como duendes. Siempre riéndose de mí y aumentándome las cargas de madera para verme sufrir.

Cuando finalizó ese verano, partí hacia Los Lagos para estudiar construcción habitacional en un internado dirigido por curas, ubicado en un pequeño pueblo donde estaba el Instituto de Educación Rural. Con el dinero ganado compré ropa y una mochila, y con esto ayudé a mi papá a financiar mi educación. Aparte me había dado cuenta de que las narraciones siempre parecen fantasías para aquellos que no las han vivido. Desde niño, había escuchado historias sobre los alerces, y nombrar a personas como a la señora Sánchez que conocí allí. Finalmente, lo que un día me contaron se convirtieron en realidad.

\*\*\*

Existen seres humanos cuya vida, de alguna manera, está predestinada a ciertas cosas del mundo. Y también creo que el destino también se va haciendo, a medida se va sobre viendo a situaciones límites. Y uno va preguntándose ¿Cómo voy a sobrevivir en un territorio tan hostil si soy frágil a este entorno? Al principio no lo sabía. Para mí, fue más sencillo y preciso identificarme como artista porque trabajo con dife-

rentes soportes artísticos. El arte fue mi salvavidas, en todo momento, y sigue siendo el medio para poder salvarme.

Cuando era niño, murió mi abuelo. Fue la primera vez que vi a un familiar fallecido. Estaba en la escuela de Chaihuin cuando un día llegaron y me dijeron: “Tu abuelito se murió”. Corrí a casa y, al entrar al comedor, encontré a mi abuelo sobre la mesa. Aquello fue tan terrible que me quedé con esa imagen pegada. Años después, escribí un poema sobre ello, un poema tan malo que nunca lo publiqué. Seguramente está en algún cuaderno, si es que ese cuaderno existe. Fue el inicio de mi escritura.

A pesar de todo lo malo que era ese poema, sentía que me representaba más que el dibujo. Había algo más profundo en la escritura, por lo que empecé a escribir poesía. Tenía la idea de hacer un libro y me preguntaba por las historias que nos contaban cuando éramos niños. ¿La gente tendrá escritos sus cuentos? ¿Existirán realmente esos cuentos? Varias preguntas me llevaron a investigar. Busqué en la biblioteca de la escuela, pero era muy pobre, sólo tenían libros de huertos y textos cristianos. Al ser un colegio de curas, no había mucho más. Sin embargo, encontré un libro de cuentos recopilados y uno de ellos se parecía mucho a “Juan el leso”. En ese momento pensé: “Esto es exactamente lo que quiero hacer”.

Al terminar el colegio, comencé a trabajar, pero aún pensaba en el libro. Una vez tuve la oportunidad de visitar la bibliote-

ca municipal de Osorno, la cual es bastante respetable. Allí accedí a una mayor variedad de recursos y descubrí algunos libros de Yolando Pino Saavedra como “Cuentos mapuches de Chile”. Gracias a ese autor, me di cuenta de que los cuentos de mi familia eran únicos y pensé: “Estos cuentos no están”.

Todavía me emociono al recordar ese descubrimiento, así que poco a poco comencé a recopilar historias cada verano. Me compré una grabadora de casete y salí a entrevistar. La primera fue mi mamá, una excelente narradora de cuentos. Luego pensé: ¿Quién más podría saber más? Así que fui donde mi tío Juvenal, quien conocía muchas historias, también fui a donde mi abuelo Juan de Huiro y donde otros narradores más jóvenes. Descubrí cuentos distintos y recopilé alrededor de 35; algunos eran fragmentos, mientras que otros los narradores se los sabían completos.

Después de transcribir y escribir las historias, pedí a alguien que los corrigiera y me dijo: “Puede ser interesante, pero aquí hay un problema espantoso de ortografía y sintaxis que no vas a poder solucionar fácilmente”. ¿Qué es eso? ¿Cómo voy a resolver esa cuestión?

Mi educación fue horrible; tuve los profesores más malos del planeta. Por ejemplo, tenía un profesor que llegaba borracho y era muy violento con los estudiantes. No recuerdo haber aprendido nada con él o que algún profesor que nos haya dicho: “Niños, en la vida tienen que portarse bien”.



Solo recuerdo los castigos de ese hombre. En definitiva, mis profesores no fueron buenos. Mi ortografía evidenciaba mi mala educación.

Empecé a leer e investigar, y con el tiempo, mi ortografía comenzó a mejorar. Hoy en día, cuento con un equipo editorial, porque considero que la ortografía es fundamental. Ha sido un largo proceso de años, pero finalmente lo logré. Puedo sentir la diferencia entre los relatos de distintos narradores. Cada uno tiene su estilo único, sus propios modismos. Entender esto me ha hecho sentir muy orgulloso de mi trabajo.

\*\*\*

Me formé como poeta y escritor. En cierta ocasión, participé en un taller de poesía en un centro cultural ubicado a la orilla del río Rahue, en Osorno. “¡Vamos!” me dije. Estaban impartiendo unas clases y hablando sobre “Haiku”. Recuerdo la lectura del tallerista: “Aún se pueden ver en el barro las pequeñas huellas del queltehue muerto esta mañana.” Fue como una revelación de lo que quería escribir. Ese haiku de Jorge Teillier abrió las puertas de lo que aspiraba a crear. Hablaba del territorio y sus habitantes; utilizaba un lenguaje sencillo y bello, me cautivó esa pureza, y así comencé a trabajar en haikus.

Mi primer libro muestra la influencia del haiku. Más adelante, incorporé este estilo en composiciones más largas. La claridad es primordial para mí; busco que los poemas sean

depurados como la naturaleza misma que tiene esa limpieza, lo cual me llevó a escribir inspirado en la imagen de las cosas. En pleno proceso de este libro, avancé en otro, porque como creador, uno nunca deja de trabajar.

Estas cosas le suceden a un escritor. A veces, se me ocurren imágenes que podrían ser inspiradoras para un libro o para otro. A menudo, no me doy cuenta de cuál de los dos está más avanzado hasta que surge una oportunidad diferente. Entonces, el editor dice: “Creo que este libro podría ser útil, y podríamos enfocarnos en él”.

\*\*\*

Visito a menudo Chaihuin. Antes solía venir más a fotografiar, pero ahora lo hago para conversar con mi gente”. Esto es esencial para mi poesía, porque, en cierta medida, uno crea poesía con los elementos de su territorio, aquellos con los que creció y que, quiera o no, lleva consigo desde la infancia. Además, constantemente estoy en contacto con mi gente, indagando qué ha sucedido: si ha llegado pescado o no, quién está enfermo o quién ha fallecido.

Nombre: Cristian Antillanca Antillanca  
Fecha y lugar de nacimiento: 16 de junio de 1974, Huiro  
Padres : Maximiliano Antillanca Muñoz  
e Ida Victoria Antillanca Montaña

# José Heraldó Rodríguez Castro

Nací en Panguipulli, en la comuna de Calafquén, pero nos mudamos a la zona de Pirehueico, donde viví unos tres años. Mi casa estaba a unos ocho kilómetros del paso Hua Hum, por lo que conocí Argentina.

Mi papá trabajó para la empresa forestal Vima que explotaba el Alerce. Después, se trasladó a una empresa aún más grande llamada “Ralco”, que explotó toda la cordillera del “Encanto”, como llamábamos a Chaihuin. Allí estaba el límite del fundo Venecia, ubicado hacia el lado de Chaihuin, donde nace el río Colun.

En ese tiempo, nevaba mucho en la cordillera. Posteriormente, mi papá se trasladó a trabajar en Colun alto, que pertenecía a ese fundo. Al principio, no era un campamento, pero a medida que creció, construyeron rucos de tejuela y luego casas grandes para la gente.

Las viviendas estaban forradas con Alerce ya aserrada. En esos tiempos, se usaba tejuela partida con macheta; se partían los tablones porque el Alerce es blando y tenía buena veta. Así hacían las tejuelas y con eso forraban las casas.

Los dueños del fundo Venecia eran franceses. En ese entonces, los finados Pedro Antillanca, Carlos Antillanca y Juan Antillanca tenían un contrato con Vima como inquilinos, porque nunca fueron dueños. Por años trabajaron allí, y esa parte fue explotada por la misma gente.

Cuando era apenas un adolescente, me contrataron en el fundo Venecia cuyo dueño era José González. Trabajaba en un banco aserradero de madera. Más adulto, me pasaron un hacha y fui al monte a trabajar con los grandes. Recién, en ese tiempo, usé zapatos porque me crié a “pata pelá”.

Trabajábamos en el lado de Colun. Había más de 300 trabajadores en el fundo Venecia y también al otro lado. Todas estas cordilleras tenían animales, bueyes y muchos cuidadores.

\*\*\*

La gente antigua era bruta para criar a los hijos. Ahora la enseñanza es distinta. Una vez me inscribieron en la escuela que estaba en el fundo Venecia, estuve más o menos un mes asistiendo, pero no pude ir más porque quedaba muy lejos, a ocho kilómetros, y tenía que ir solo.

Aprendí a leer en casa. Conocí a una señora que me enseñó algunas letras y practique con la Biblia. Toda la vida he sido evangélico o “canuto”, pero no fanático; creo en Dios y todo eso. La Biblia fue mi silabario, y doy gracias a Dios porque aprendí a leer.

En esos años, solo había unas cuatro viviendas en Colun. En el sector de Hueicolla, por la playa de Colun, vivía la familia Nauco, que eran los únicos habitantes de por allí. Al otro lado de Pichihueicolla, vivía la familia Paredes y un viejito llamado Culipai. No había más gente hasta llegar a Hueicolla. Cuando estas personas iban a negociar, cruzaban la playa y tardaban un día en llegar a Colun a caballo.

Fue en ese tiempo, cerca de 1966, cuando se construyeron estos caminos para conectar el fundo Venecia con Corral, que conocí a Carlos Antillanca y Juan Antillanca. Yo trabajaba como alarife, asistente de los ingenieros. Ayudaba con el jalón, algunos de hasta seis metros. Los íbamos levantando según el nivel del camino, avanzando o retrocediendo según me indicaban: “Oye Rodríguez córrete para allá o más atrás”.

El camino de la cordillera era privado. Después, el Estado le pagó a una empresa maderera para mejorarlo y luego pasó a ser fiscal. Empezaron a trabajar las maquinarias, a ripiarlo y a enderezar las curvas. Desde esa fecha, la gente contó con un camino. Más tarde, tuvimos un puente. Dionisio González, dueño del fundo Venecia construyó el puente de

Chaihuin de madera, por lo que había que renovarlo todos los años, ya que la “broma” se comía la madera en el agua.

Había un bicho que se llamaba “broma”. Todos los años arreglábamos el puente Chaihuin en septiembre. Cambiábamos algunas basas, que tenían 14 metros de largo y eran de puro coligüe. Solo el Alerce es la madera que resiste y no le entra ese bicho. No sé por qué nunca lo hicieron de Alerce; así habríamos evitado el problema de la “broma”.

\*\*\*

La empresa Terranova operó hasta aproximadamente el año 1990. Se dedicaban a la explotación de maderas nativas, como el Alerce, que solo se encontraba en la cordillera. A veces también buscaban la tepa porque había mucha madera blanca. La tepa, al igual que el coigüe y el mañío, se usaba para la construcción de casas.

En este tiempo, ocurrió un incendio en la parte alta de Colun, pero no alcanzó a llegar hasta Huiro. El incendio se originó en un aserradero. Comenzaron a quemar para despejar y el fuego se descontroló. Se quemaron animales, bueyes y tractores. Fue el incendio más grande que hubo en Colun. El otro ocurrió donde estaba antiguamente Vima.

No llegué a ver el primer incendio grande porque era un niño. El fuego arrasó toda la cordillera por donde está el





sector “Vuelta de Zorra”, cerca de Cadillal alto. Incluso hoy, todavía hay árboles quemados y rastros donde el fuego pasó. Mucha gente de acá no sabe del incendio porque no trabajaron en la cordillera. Nosotros, cuando estábamos en Colun, tuvimos que huir hacia Hueicolla en unos tractores Caterpillar. Nos quedamos en la calle, sin nada.

Después del incendio, la empresa construyó casas nuevamente. Como el Alerce no se quemaba por dentro, solo la estopa, la empresa comenzó a recuperarse. Sobreexplotaron el Alerce. Más tarde, Terranova entregó el fundo al Estado, y éste lo volvió a vender en esos años. No sé cómo eran los negocios que tenían con las empresas, pero lo que sé es que ésta última quebró.

\*\*\*

Cuando ocurrió el terremoto de 1960, estábamos en la cordillera. Éramos unos cabros no más. Mirábamos cómo caían los Alerces; incluso al lado de nosotros se cayó uno tremendo, y se despatilló. La gente arrancaba para el cerro y hacia donde estaba el camino.

Durante tres días estuvimos aislados. Nos asustamos porque no sabíamos qué pasaba. Ninguna persona se accidentó ni hubo muertes. Pasamos esa tragedia con la familia y la gente que conocíamos.

En la cordillera, la empresa subía alimento para tres meses así es que los trabajadores tenían lo básico para sobrevivir, ya que eran como cuarenta kilómetros para llegar a la oficina donde estaba toda la mercadería.

Con el tiempo, bajamos y supimos que no pasó nada grave en la comunidad porque la costa es alta, entonces el agua no llegó a las casas, aunque algunos perdieron sus botes.

\*\*\*

Las familias Antillanca tenían un contrato como inquilinos con una empresa maderera francesa, ya que el fundo Chaihuin era al principio de unos franceses. La mamá de los Antillanca, la abuelita Helena, me contó que este fundo lo ganaron en un juego de póker. Todos sabían esa historia, aunque no sé si fue verdad.

Se hablaba de una condesa, pero nunca supe si vino para acá. Con el tiempo, apareció un tipo llamado Jean Paul, que tenía alguna vinculación con los franceses. Él empezó a trabajar otra vez en la cordillera, aunque ya quedaba poca madera.

Ese fundo dejó de ser de los franceses cuando lo vendieron a José González con un compromiso, porque el francés no era mala persona; tenía dinero y le daba trabajo como cuidadores a la gente de por aquí. Dicen que nunca olvidó a esta gente.

Cuando José González vendió el fundo a Terranova, yo era dirigente de esta comunidad. Nos enteramos de que el fundo lo habían vendido por trescientos millones de pesos o más. Este fundo abarcaba más de sesenta mil hectáreas por que incluía a los sectores desde Venecia a Chaihuin.

Yo creo que estas tierras fueron manipuladas por dinero. Aquí nadie es dueño de todo; se metieron muchos extranjeros. En el caso de Galera, donde vivían los mapuches, otras personas manejan las tierras. ¿Por qué los chilenos no fueron capaces de gobernar su propio país? Yo no sé leer mucho, pero fui dirigente y conocí toda la historia.

\*\*\*

No sé cuál será el futuro de los pescadores en Huiro. Creo que el *coyofe* se va a terminar igual porque hay sobreexplotación, y se morirán los peces porque no habrá comida. El huiro se está acabando.

El huiro está en las mareas. Recuerdo que llegó acá cuando se estaban terminando el piure y la jaiba. Recién ahora se encuentran unas jaibas. Y éstas son la comida del loco. Como no me dedico al mar, desconozco lo que pasa ahora, pero sé que las algas son necesarias.

Trabajé 15 años en Valdivia como maestro. Al volver, este terreno estaba abandonado y lo arrendamos. Empecé a

construir mi casa con los ahorros que tenía y me quedé con mi familia.

Mi esposa se llama Marina Díaz Railaf y tenemos cinco hijos: José Patricio, Yasna Paola, Richard, Jesica Viviana y Jimmy Isaac. Todos mis hijos son felices y llevan una buena vida, distinta a lo que vivimos.

Mis hijos saben de carpintería como yo. Trabajé como contratista y subcontratista en Valdivia. En varias empresas me buscaban porque era bueno para trabajar, no me metía en problemas ni regañaba, y me daban la posibilidad de tener gente a mi cargo.

A veces teníamos que construir tres o cuatro casas y lo hacíamos a trato. Nos pagaban cuatro millones y repartíamos todo en partes iguales. Yo no ganaba un peso más porque en la sociedad, tenemos que ser justos. No voy a explotar a mis hijos porque soy el padre.

El mejor momento que recuerdo es cuando trabajé en el fundo Venecia. Ganaba buen dinero y nunca pasé hambre. Nosotros tumbábamos los Alerces a pura motosierra. En ese tiempo usábamos una de las más grandes de la época, que pesaban como 18 kilos con todo su combustible. Además, la espada tenía 48 pulgadas de largo. Se trabajaba con una persona en la moto y otra en la punta para sujetar la motosierra. Con una sola máquina podías tumbar un tronco de mil pulgadas sin problema.



Una vez boté uno muy grande. Tenía más o menos nueve pies de diámetro, con un tremendo ruedo. Entonces, coloqué dos hacheros atrás y dos adelante, y con el hacha, fuimos dándole.

Uno podía tumbar un árbol en aproximadamente una hora y media. No nos demorábamos tanto porque el Alerce era muy blando. Hacíamos unos rucos y ahí le dábamos con el hacha. A veces, me cansaba y empezaba a darle por el otro lado.

Con la motosierra, sacábamos una tajada y hacíamos el corte de sandía. Luego, seguíamos al otro lado y el árbol caía. Después trozábamos las partes y comenzábamos a trabajarlos a pura cuña no más. Se labraba el palo y se hacía basa. A los quince días o al mes, venían los tractores, abriendo huella para sacar las basas. Así se explotó esa cordillera.

\*\*\*

Los momentos más dolorosos que recuerdo fueron durante el Golpe de Estado. La gente sufrió mucho en esa época, muchísimo. Yo estaba trabajando en la cordillera y la empresa nos abastecía ya que compraban grandes cantidades de suministros porque tenían los medios para hacerlo.

En el otro lado, no había comida, por eso la gente pobre pasó mucho sufrimiento. Para comprar un kilo de azúcar, las familias tenían que bajar a la ciudad en grupos de tres o cuatro personas. Te vendían un kilo por persona, y nuestras

familias necesitaban más para el mes.

Yo estuve preso en 1973. No me atraparon por cuestiones políticas porque nunca me metí en eso, sino porque estaba estudiando para ser dirigente. Tenía 20 años y, junto a otros cinco amigos, tomábamos unos cursos para afinarnos y poder conversar bien con las autoridades.

Durante el Golpe de Estado, la mayoría de los dirigentes, que pertenecían al sindicato de Corral, fueron detenidos allí. La policía no fue para arriba. A mí me detuvieron después en Corral. Tenía que presentarme en la mañana y en la tarde en el retén. No sé de qué me culparon, pero no pasó a mayores. Me salvé gracias a Dios porque tenía un sobrino que era marino y dijo: “Este chico no tiene nada que ver”.

Pasó el tiempo, y me arrestaron nuevamente en la cordillera. Esa vez me enviaron a La Unión y estuve cinco días en la cárcel, incomunicado, viviendo en una celda con el agua encima. Dormía en una reja de tablas. Después me enviaron de vuelta a Corral. ¿Te imaginas? ¡Ese es el abuso más grande que hicieron estos malditos políticos!

Nombre: José Heraldo Rodríguez

Fecha y lugar de nacimiento: 21 de marzo de 1951, Panguipulli

Padres: Victoriano Rodríguez Paillamilla  
y Margarita Castro Gutiérrez

# Marco Eugenio Huala Navarro

Nunca olvidaré cuando ocurrió el terremoto el 22 de mayo de 1960. Yo tenía tres años y cinco meses; fue mi primera experiencia mala. Con mi amigo, José Reilaf, que tenía solo dos meses más que yo, estábamos a unos doscientos metros de la desembocadura del río Chaihuin. Sentimos mucho susto cuando empezó a temblar. Veíamos cómo se abría y cerraba la tierra. Tuvimos la suerte de que no nos tragó esa cuestión.

Nuestra casa estaba en la caleta de Chaihuin, muy cerca de donde vivo actualmente. Éramos cuatro hermanos, y ese día nadie se dio cuenta de que yo no estaba. Con José nos caíamos, nos levantábamos, y así repetidamente hasta que decidimos correr hacia casa.

Cuando llegamos, encontramos a todos llorando, porque la situación fue horrible. Los temblores continuaron durante muchos días. No vi el mar en ese momento, pero luego me contaron que se había retirado, dejando pura arena, y después llegó lo que llamamos la "hinchada". Entonces todos corrimos hacia el cerro de Chaihuin, cerca de donde está hoy la antena.

Mis papás lograron salvar algunas cosas para tener algo de alimento para sus cabros chicos. La gente no atinaba a buscar sus cosas, simplemente corría al cerro. Nos quedamos allí, no sé cuánto tiempo, tal vez una semana, hasta que todo se calmó.

Han pasado unos veinte años desde entonces y recién se han cerrado las grietas. La tierra se partió completamente; es algo que jamás podré olvidar de mi niñez.

\*\*\*

Antiguamente no había tantas casas en Chaihuin, apenas recuerdo unas diez. Eran rucas, con una cocina grande, un fogón y techo de chupón; solo algunas tenían espacios para dormitorios. Recuerdo que mi papá, con sus bueyes, metía un palo en el fogón y este podía estar una semana o más, manteniendo siempre la cocina calentita para hacer su pancito.

Teníamos unos cajoncitos o artesas de madera donde hacían su masita, la tortilla, y el pescado sancochado, que podía ser robalo o sierra. Aprovechaban todo; por ejemplo, al jugo del pescado sancochado le añadían ajo y ají machacados para hacer el picante. Estas recetas ya no se cocinan, pero yo

continúo haciéndolas, porque soy buen cocinero. “Vamos a hacer un picante de ajo”, le digo a mis amigos.

Entré al colegio en 1960, cuando tenía cerca de cuatro años. Funcionaba una escuela en un cuarto que cedieron los González, y solo asistíamos algunos niños. En ese tiempo no había caminos, solo puras huellas. Vivíamos aislados de la ciudad y todo era muy rústico; por ejemplo, comíamos en pailas de madera porque no había platos.

Mi papá de repente pillaba un palo y, con un formón, hacía platos y otras cosas. A veces nos llevábamos esto al colegio porque había una señora que cocinaba para los estudiantes. Las ollas eran de fierro, con patitas. No era una gran escuela, sino una pieza cualquiera.

No sé cómo terminé la básica, porque no era muy bueno para estudiar. Los papás de antes no se dedicaban a enseñar, además tampoco sabían mucho. Entonces, algunos estudiantes aprendían y otros no. Al menos mi mamá me aconsejaba: “Lo único que quiero es que aprendas a leer, a escribir y a sacar cuentas”.

\*\*\*

Mi papá nos enseñó muchas cosas. Primero, nos pasó un azadón para ayudar a nuestra mamá a limpiar las huertas; después nos enseñó a enyugar bueyes, amansar caballos, barbechar y sembrar.

Antes de ir al colegio, mi papá nos decía: “Tienen que levantarse tempranito porque mañana tienen que limpiar, aunque sea una melga de papa o de arveja”. Así que, a “patita pelá”, nos levantábamos de la cama y nos íbamos directo a la tierra.

Nos criamos así. Puede que pareciera una vida triste, pero fuimos firmes y sanos; no nos enfermábamos. Se comía pura comida natural: las arvejas, el choclo, las papas asadas al fogón, mote de habas y con trigo.

Mi papá no fue pescador, pero como se dice “por necesidad y una vez a las quinientas iba a pescar”. Él era de puro campo, se dedicaba a la huerta y a sus animales. A las cinco de la mañana ya tenía su caballo ensillado y sus bueyes enyugados. Mi papá se llamaba René Huala y mi mamá María Navarro.

Mi papá me mandaba a trabajar en la tierra, pero yo sacaba la vuelta porque no me gustaba. “¡Ya, levántense, tiene que ir a sembrar y a limpiar!” decía a las cinco de la madrugada. Hasta los quince años, mi papá todavía nos pegaba el puro grito y nosotros corríamos a cumplir sus órdenes. Fue a esa edad cuando comencé a pololear con quien hoy es mi esposa. Conversábamos con temor, incluso para darnos un beso. Nuestra relación fue muy sana.

Cuando me fui al regimiento, todavía mi papá quería darme órdenes. Yo le dije: “Sabe papá, ya soy mayor de edad y no es bueno que usted me grite y siga mandando”.





—A los diecinueve años hice lo que quise y me dediqué a trabajar en la pesca.

\*\*\*

No hice el servicio militar, pero estuve dos años visitando a los militares porque quería ser soldado. Eso fue en el año 1975. Con unos amigos de Corral nos levantamos de madrugada y en bote a remo nos íbamos a Valdivia. Recuerdo que había un tremendo personal en el Regimiento Cazadores. En la fila del gimnasio, antes de empezar, nos preguntaban cosas y nos daban unos aporreos. Hasta el día de hoy, aún no sé por qué.

Yo tenía muchas ganas de entrar, porque me gustaba el uniforme y los desfiles. Me decía a mí mismo: "Me gustaría que me contrataran como soldado". Cuando llegó mi turno, me preguntaron: "¿Tú quieres hacer el servicio?". Respondí: "Sí, yo quiero hacer el servicio para quedarme en el regimiento". Y al tiro dijeron: "¡Pa' fuera!". Y a quien respondía: "No quiero hacer el servicio", ¡Pa'dentro! Todos los que decían que no, hicieron el servicio militar.

Tenía un amigo sargento que me explicó que no aceptaban a ningún chico que quisiera hacer el servicio, porque no estaban interesados en enseñarles a manejar armas. El regimiento fue muy quisquilloso con ese tema; pensaban que, si alguien mostraba demasiado entusiasmo por ingresar,

podría eventualmente volverse en contra del ejército. Pese a mis ganas, no tuve la suerte de quedar.

Desde Corral íbamos en lancha unos tres o cuatro chicos de la misma edad. Llegábamos limpiécitos y en el regimiento nos pescaban, nos tiraban al suelo y hasta ahí quedaba nuestra ropa. Luego nos decían: "Ya listo, ahora se van". Esa cuestión no fue muy buena.

\*\*\*

No me gustó lo que pasó después del Golpe Militar. A mi papá lo iban a matar y se salvó porque no era su hora, además trabajaba en la cordillera con sus bueyes en el sector de Colun alto. Allá la vida siguió su curso y estuvo protegido. Yo lo acompañé hasta que cumplí la mayoría de edad, incluso más.

Recuerdo que había dos aserraderos: el número uno y el dos. A este último le decían "El Mañío", porque ese árbol nativo se encontraba mucho por esos cerros. Recorrimos todo ese sector, incluso llegamos hasta una parte que le dicen "El Encanto", en plena cordillera donde nace el río Chaihuin el cual proviene de una vertiente que se va agrandando. Pasa por varios sectores que nosotros llamábamos "El Guindo" y "Las Robasas", hasta llegar a la desembocadura en el mar. En el sector "La Pluma" explotaron mucho el Alerce. Había árboles de unos treinta metros o más. Ahí vi el Alerce más grande, el cual cortaron sin pensar que podría ser una reli-

quia. Era una maravilla, se veía desde varios cerros. Ahora quedan muy pocos. Allí trabajé con mi papá hasta los diecinueve años, después aprendí a bucear y le dije adiós a los bueyes y las huertas. Empezamos a ganar dinero con el buceo. En ese tiempo pescábamos el erizo, el loco y la jaiba.

Varios chicos de mi edad también aprendieron a bucear. Compramos equipos y cuando venían los buenos tiempos del loco, ganábamos mucho. A veces las cosas se complicaban, pero así es la vida.

Hubo una época muy buena que le llamaron “la fiebre del loco”. La gente ganó mucha plata, algunos aprovecharon su dinero y otros lo farrearon, pero casi la gran mayoría de los chicos de Chaihuin invirtieron en sus casas. Construí mi hogar en esos años, también compré un equipo de buceo, un motor fuera de borda y una “chata”, que es como llamamos al bote. Desde entonces siempre he tenido mis cosas.

Cuando se echó a perder la pega, me fui a Punta Arenas. Después estuve en una salmonera y me quedé casi quince años. Ahora trabajo en la pesca, pero de una manera más relajada, sin matarme. Además, la pega ha cambiado. Los mariscos han disminuido, como por ejemplo el loco, que antes abundaba. Igual tenemos garantizada una cuota de mariscos, porque gracias al Sindicato tenemos un banco de choro en el río Chaihuin. Todos los meses sacamos una cuota y tenemos nuestro sueldo de doscientos mil pesos mensuales.

También ganamos algo recolectando luga y erizo. Todo tiene su tiempo: las algas en el verano y el loco en el invierno. Con eso, uno se queda bien.

Por lo menos ahora no es tanto sacrificio como antes, cuando el dinero apenas pasaba por el bolsillo, porque teníamos cinco hijas. La mayoría de ellas estudiaron en Valdivia, entonces el dinero era para educarlas.

Tuvimos cinco hijas: Yesenia Macarena, María Eugenia, Manena Paulina, Liliana Cristina y Marcela Alejandra. Mi hija mayor Yesenia, hubiera cumplido cuarenta años el 30 de marzo de 2024, pero falleció hace tres años en un accidente. Ahora me quedan cuatro hijas. Es el dolor más profundo y terrible para mí. Después vino la separación, pero igual he salido adelante. A veces me llegan las penas y salgo de inmediato al mar. Soy como un pájaro costero.

\*\*\*

El recuerdo más lindo de mi vida fue cuando conocí a las toninas. En el mar trabajé en la pesca de congrio en profundidad. Un día, en la costa de Chaihuin, andaba solo y me tiré al mar con el agua turbia. Sentí que algo le pasaba a mi cuerpo. Cuando éramos cabros, aprendimos a bucear solos y nunca sentimos miedo, pero ese día tuve pánico. Llevaba unos cuarenta, cincuenta kilos de congrio en una pita larga. Allí conocí a los delfines, que aquí llamamos toninas. Abajo se sentía su



sonido cuando pasaban al lado de uno. Entonces, me di cuenta de que las toninas protegían al buzo y le avisaban cuando algo andaba mal.

Una vez estaba rodeado de unas cuatro a cinco toninas, se acercaban moviendo la cola y gemían como un bebé. Empecé a subir hasta que llegué al bote y, claro, venía un cardumen de orcas. Esa imagen nunca se me borró, es la experiencia más linda que recuerdo como buzo.

Nunca le tuve miedo al mar, pero sí respeto. Pasamos por muchos temporales. Una vez quedamos “balanceándonos” en el bote. Traíamos unos 3 mil erizos y nos sorprendió un temporal con olas muy grandes. Ese día no andaba buceando, pero sí mi sobrino y un amigo. Nos salvamos porque no era nuestra hora. Tal vez no íbamos a morir, porque los otros chicos venían con traje, así que cada uno podía ayudarme si nos hundíamos. En ese tiempo no usábamos salvavidas. Hoy sabemos que es necesario usar salvavidas, al menos si alcanza a colocarse la chaqueta, uno ya queda flotando.

Le enseñé a bucear a mi hija Liliana. Ella había entrado a la universidad a estudiar Biología Marina, pero después no le gustó. Así que tenía algo de conocimiento sobre el buceo y después le resultó fácil aprender. “Papá, ahora quiero tirarme al agua contigo y me enseñes lo que hay abajo”, me dijo. Y eso hice.

Siempre he tenido paciencia para enseñar. Aquí la gente es un poco egoísta y no enseñan a los chicos. “Pucha don Caco, enséñeme a bucear” me dicen. Al parecer, soy el único que tiene paciencia. El otro día vino una chiquilla que hizo su práctica en la Reserva y me dijo: “¿Me puede enseñar a bucear? Y le dije ¡Por supuesto! Ella regresó a Santiago, hizo el curso y salió bien.

Me gusta mi vida en Chaihuin. Cuando voy a Valdivia o viajo al norte, no puedo estar más de tres días. Quiero puro regresar. Llego a mi casa y soy feliz. Estoy acostumbrado a ese sonido del mar, es algo que vive con uno. Estoy durmiendo y, de pronto, escucho una ola que revienta y despierto. ¡Me levanto y voy a trabajar! Ese sonido lo amo, porque amo el mar.

Nombre: Marco Eugenio Huala Navarro  
Fecha y lugar de nacimiento: 10 de enero de 1957, Chaihuin  
Padres: Rene Marcelino Huala Huala  
y María Sirila Navarro Antillanca



# Segundo Alberto Delgado Díaz

Viví en Valdivia hasta que cumplí doce años. Tras el Golpe de Estado, la situación se volvió difícil; mi papá Luis perdió su empleo cuando la empresa cerró y, además, había mucha delincuencia en nuestra población. Mi mamá María Claudia decidió que nos mudáramos a Corral. Ella era corraleña y sabía que sería más fácil criarnos allí con buenos principios.

Cuando nos trasladamos, don Vicente Rivera nos vino a buscar en su lancha “La Pilar”, la única embarcación de la zona. Llegamos al sector El Pastal, muy cerca de Chaihuin, a una mediagua que nos ofrecieron mi tía Marcela Huala y Alberto Maripán.

Yo pensaba que éramos tres hermanos: Marcos, Eduardo y yo, pero en Corral nos enteramos de que teníamos otro hermano llamado Orlando Valenzuela.

\*\*\*

Solo mis hermanos Eduardo y Marcos asistieron a la escuela; yo tuve que ponerme a trabajar en el mar, asistiendo a los buzos. No fue fácil. Al principio, me sentía mareado y desorientado. También perdí algunas anclas porque estaba

recién aprendiendo, y el mar no es la mejor escuela. Además, las condiciones eran difíciles, en especial en zonas muy complicadas como Galera, Lamehuape y Colun.

Yo ayudaba a los buzos. Cuando llenaban sus quiñes, subía y seleccionaba los productos. Los más grandes los dejaba en el bote y los más pequeños los devolvía al mar para que continuaran con su crecimiento.

Como era un niño siempre me quedaba en el bote con otra persona. Salíamos entre las cinco y las seis de la mañana desde Pastal para llegar a Lamehuape a eso de las nueve o diez de la mañana. En Colun, llegábamos alrededor de las ocho de la mañana y regresábamos alrededor de las dos o tres de la tarde, ya cargados. Aunque el trabajo era duro, se ganaba dinero.

Antes, no se necesitaba tener educación para trabajar en el mar. Por eso, mucha gente quedó analfabeta, además eran pocas las escuelas y si había alguna, se estudiaba solo hasta sexto grado. Tampoco las familias tenían los recursos por eso era más fácil trabajar.

Recuerdo mi primer sueldo: gané mil quinientos pesos, un momento que nunca he podido olvidar. Fue la primera vez que compré algo solo para mí. En aquel entonces, viajé a Valdivia y me compré unas zapatillas en la tienda Bata; eran de color negro, con lona también negra.

\*\*\*

Antiguamente, toda la costa era libre, lo que nos permitía trabajar cuando queríamos, incluso durante los temporales. Recuerdo algunos lugares muy difíciles para navegar, como la Playa León, que solo se “amansaba” dos o tres veces al año. Detrás de un cerro, el mar se tranquilizaba y era entonces cuando aprovechábamos para extraer una gran cantidad de mercancía.

“Amansar” significaba que el mar se apaciguaba. Lo sé porque vivíamos en una ensenada y el cerro nos protegía del viento, por lo que el agua permanecía calma. En cambio, había lugares donde siempre golpeaba el viento del oeste o de travesía.

Salíamos a pescar la corvina mar adentro, porque con el tiempo malo picaba más el pescado que con el bueno. Al principio me mareaba, pero después me acostumbré al trabajo. Además, para todos era la única pega, no había nada más que hacer aparte de pescar y trabajar con los buzos.

Mi papá nunca aprendió a trabajar en el mar, por lo que mis hermanos y yo no sabíamos pescar. Por eso, algunas

veces pasamos necesidad. Más tarde, mi hermano Eduardo aprendió a bucear, y se volvió uno de los buenos.

Recuerdo una vez que fuimos donde el finado Vicente Rivera, a conseguir un poco de harina para hacer pan. Sucede que, antes de que comenzara el invierno, él tenía la costumbre de ir con su lanchita y comprar quince o veinte quintales de harina. Un día fuimos a pedirle, y nos prestó un quintal de harina. Eso en la ciudad nunca lo había visto. Quedé admirado.

Después, cuando mi hermano y yo aprendimos a trabajar, antes de comenzar el invierno comprábamos quince quintales de harina para pasar el invierno. Siempre me acuerdo de mi hermano menor, Marco, sentado sobre la harina. Conversábamos en una habitación donde había una cama y, al otro lado, estaban todos los sacos de harina.

La gente era muy unida en esos años. Todos vivíamos igual; si uno tenía pan, ayudaba al otro.

\*\*\*

Actualmente, no existe la amistad que había antes, esa que era de corazón. Para el Año Nuevo, recuerdo que la gente recorría todas las casas. Algunas familias empezaban a saludar desde arriba, pasaban por el sector de la escuela y terminaban abajo, donde vivía el papá de Maritza.





Hoy en día, cada uno está en su propio espacio. Ya no conocemos a las familias de cada joven en Huape. Al parecer, perdimos la comunicación cuando llegaron la luz y los caminos. Antes, conocíamos a todos y usábamos sobrenombres: los de Chaihuin eran los choreros, porque ellos tenían su río; los Huapeños eran los lugueros, teníamos el mar que nos daba luga.

Con mi esposa pasábamos días enteros recolectando luga. Hoy ya no lo hacemos por un tema de salud y además porque todo está diferente. La playa se llena de gente de afuera “lugueando”, porque es un recurso que se está pagando bien. Antiguamente, un kilo de luga mojada se pagaba a veinte pesos; ahora vale mil pesos el kilo mojado. Al igual que el loco, antes costaba diez pesos; ahora los sindicatos lo venden a mil a mil quinientos pesos la unidad.

Todo lo que da el mar es bien pagado.

\*\*\*

A principios de los ochenta, cuando me casé con Maritza, llegó “La fiebre del loco”. En esos años pagaban mil setecientos pesos por unidad, lo cual era mucho dinero, especialmente para quienes no habíamos estudiado. Por eso decidí sacar mi matrícula de buceo.

Justo se abrió un curso de buceo en Corral y varios jóvenes de Huape nos inscribimos, pero todos salimos mal en la prueba. Ese mismo día algunos de los reprobados ya tenían su permiso. Como soy curioso, fui a Corral para ver qué pasaba. Tras meterse en la capitania, los jóvenes salían con su licencia. “¿Cómo lo hicieron?” me pregunté durante varios días.

Obtener esa matrícula significaba mucho para nuestra familia, porque éramos pobres. De repente, gracias a Dios, me atreví y pedí hablar con el Capitán de Puerto. Él me atendió y me preguntó: “¿Qué desea?” Con voz nerviosa, le respondí: “Mis amigos de Huape y yo salimos mal en la prueba, pero ahora todos tienen sus matrículas”. Le seguí explicando que necesitaba el permiso, pero que no tenía nada para ofrecer y que no llamaría a la radio. Con una sonrisa, recuerdo que me dijo: “¡De qué te preocupas cabro! ¡Tráigame la prueba!” Le pasaron una hoja y me dijo: “¡Pero si tú estás bien aprobado!”

Regresé feliz con mi permiso a Huape, pero también triste, porque era Navidad y no teníamos nada para comer. Esa tarde, mi tío Pocho me pidió que fuera a conversar con él, así que partí rápidamente. Cuando llegué a su casa, me regaló un pollo y una bebida. Aún me emociono al recordarlo.

Al siguiente año, comencé a trabajar en la temporada del loco y gané más de un millón de pesos. Con ese dinero, invertí en un equipo de buceo y en un bote. Cuando abrieron

la veda, ya tenía mi bote y el acuerdo con mis hermanos Marco y Eduardo para trabajar con el fin de comprar un equipo más grande.

Nos fue bien. Logramos reunir el dinero para comprar un equipo de buceo con dos salidas de aire, un motor grande y otras cosas que nos cambiaron la vida. Seguimos trabajando juntos por un buen tiempo, repartiendo todo lo que ganábamos hasta que decidimos que era el momento de separarnos.

\*\*\*

La naturaleza se mantiene constante a lo largo del tiempo. Seguí trabajando durante años en la extracción del loco, porque no había regulación. Más tarde, surgió el concepto de las áreas de manejo debido a la sobreexplotación. Gracias a eso, el mar comenzó a recuperar los productos que tenía antes. También surgieron los sindicatos, que reunieron a la gente para cuidar la costa. Hoy en día, el mar se respeta con sus tiempos y entendemos que, por sí mismo, establece vedas.

Por ejemplo, en verano el mar se llena de algas como la luga, la coyofe y el tinilhue, y queda todo protegido por el sol. En invierno, el mar se limpia; los temporales sacan toda el alma, toda la suciedad. De esta manera, el mar se va manteniendo. Sin embargo, en la tierra, si tálamos un árbol, ya no volverá a crecer.

Hace unos años, me enteré de que usan la luga para hacer champú en China. Ellos compran muchas algas, incluso si están verdes. Esto conviene a la gente, ya que pagan más por las algas verdes que por las secas, aunque sea más trabajo. Por eso vienen muchas personas de afuera; la recolección de la luga se volvió una fiebre.

También buscan tinilhue, aunque en menor cantidad. Las malas lenguas dicen que tiene poderes que benefician a los varones. La gente se ríe en la playa mientras la ordena en montones. Cuando llega el camión, empiezan a acarrear y pagan al momento cuatrocientos pesos por kilo.

\*\*\*

Hoy me encuentro retirado de los sindicatos. Me dedico a trabajar en mi casa, cumpliendo con las labores que me corresponden y también salgo a pescar. Me compré una embarcación para abastecerme y vender a los locales.

Con Maritza somos felices. Llevamos muchos años casados; yo tenía apenas veinte años y ella veintiséis cuando decidimos pasar la vida juntos. Nuestros tres hijos crecieron y ahora viven en otras ciudades. Katerin vive en Puerto Montt con sus hijos, Édison en Llanquihue, y Sebastián está en Santiago, donde estudia y trabaja.



A lo largo de mi vida, he pasado por muchas experiencias. Sufrí, pasé hambre y frío, y también viví momentos alegres. Por eso, hoy disfruto cada día. Sin embargo, me gustaría que hubiera más unión entre los vecinos, porque la sociedad se está dividiendo. A nadie le importa nadie, y eso ha echado a perder la vida. Ya no podemos confiar en los demás.

Antes, los niños jugaban sin prisa y no había maldad; ahora hay que tener mucho cuidado con ellos, porque les puede ocurrir algo. En mis tiempos, no teníamos idea de estas cosas; incluso podíamos dormir juntos sin peligro porque no había maldad. Tampoco existían diferencias sociales; todos se vestían igual, no había marcas. Hoy debemos tener cuidado con los teléfonos y con quienes están a su alrededor, incluso en el colegio.

La vida antes era más alegre; todos nos apoyábamos de corazón. Entiendo que debemos avanzar y no quedarnos en el pasado, por eso la juventud de Huape tiene que estudiar y salir adelante. Aquí no hay futuro, ni dónde trabajar; solo hay luga, pura alga.

Nombre: Segundo Alberto Delgado Diaz

Fecha y lugar de nacimiento: 28 de abril de 1967, Valdivia

Padres: Luis Delgado Delgado y María Claudina Díaz Díaz

# Marcos González Antillanca

Mi infancia fue muy hermosa, a pesar de que andábamos a “pata pelá”, pasábamos hambre y llovía mucho. Esa pobreza nos hizo buenas personas, porque logramos entender la simpleza de la vida a través del juego.

Tenía un primo llamado Enrique González que era “caperuzo” para hacer barquitos de madera. Con una varita o pita los navegábamos por toda la orilla del río Chaihuin. Lo hacíamos todos los días. A veces nos regañaban porque nos quedábamos jugando con los barquitos, echándoles puyes y olvidábamos la comida y los horarios.

En esos años, el puente de Chaihuin era de madera y lo había construido la gente que trabajaba en los alerces. Lo recuerdo porque íbamos a jugar cerca de ahí. Tenía unos seis o siete años.

Con el primo, buscábamos algún tronquito rústico, cuya madera generalmente era de alerce, muy fácil de trabajar porque era blanda. La tallaba, haciendo un huequito donde ponía una casita con unos puyes que sacábamos del río. Luego, jugábamos a que íbamos a Valdivia a venderlos. A veces se hundían los barcos por las olas, así que íbamos a rescatarlos.

Como no llegaba el viejito pascuero a Chaihuin, hacíamos nuestros propios juguetes. Por ejemplo, utilizábamos latas de sardinas como carritos a los cuales les poníamos chapitas de cerveza que funcionaban como ruedas. También jugábamos a los madereros, haciendo caminos de tierra y echando coligues.

\*\*\*

Casi toda la gente en Chaihuin son migrantes porque no hay nativos, con excepción de los Antillanca que llegaron en el año 1886 aproximadamente. El resto de la gente vino por el tema maderero cuando se instaló la empresa Altos Hornos de Corral.

Mi papá y sus hermanos llegaron de Chiloé en busca de trabajo. Se quedaron solos cuando tenían alrededor de ocho años. Su papá los abandonó, entonces su mamá se encargó de criarlos como pudo, mariscando y haciendo otras actividades en Corral. Lo pasaron muy mal. Desde ese tiempo se hicieron pescadores.

Más tarde, cuando mi papá creció, llegó la industria maderera y comenzó a trabajar como obrero en los caminos. Fue

un buen padre porque, a pesar de la pobreza, nos dio educación. Era muy trabajador y no le gustaba beber alcohol.

Yo nací el 26 de mayo de 1966 en Valdivia. Allí estuvimos solo una semana antes de que me trajeran a Corral en un caballito. Desde entonces, estoy radicado en Chaihuin.

Mi papá se llamaba Guillermo González y mi mamá, Elsa Antillanca. Ella era familia de los Antillanca de Huiro. Somos tres hermanos: Guillermo, Denis y yo. Mi hermano mayor tiene alrededor de setenta y cinco años, mi otro hermano sesenta y seis y yo tengo cincuenta y siete años. Vivíamos cerca del puente de Chaihuin.

\*\*\*

Mis primeras andanzas en la mar fueron con Elías Maripán. Siempre tuve, como dicen los viejos, un buen estómago ya que nunca sentí mareo. En ese tiempo andábamos en bote a remos lo cual no era fácil, sino más bien muy sufrido por los riesgos y porque no pagaban bien en la pesca.

Recuerdo que una vez fuimos a buscar congrio con espineles a un lugar llamado Galera. Éramos varios pescadores en un bote a remos. Demoramos cerca de cuatro horas en llegar ya que eran varios kilómetros y por eso se me peló el trasero y muy enojado dije “nunca más”. Al segundo día estábamos pescando otra vez. Con sufrimiento, igual era un gusto navegar.

Aprendí a bucear cuando tenía alrededor de doce años con un primo cuyo papá tenía un equipo de buceo. Un día lo sacamos a escondidas y empezamos a bucear sin problemas. Después nos dieron permiso y nos tirábamos al río a sacar choritos y otros mariscos. Así comencé a bucear y, quizás por eso, quedé sordo. Fueron muchos años de buceo.

Para nosotros era natural. Comenzábamos a nadar desde muy pequeños. A los siete años, vivíamos todos los días en la playa o en el río. A los ocho años buceábamos a dos metros de profundidad sin ningún temor. Entonces, cuando llegó el buceo con traje, no fue complicado. A los dieciséis o diecisiete años nos dedicamos exclusivamente a la pesca y al buceo.

El mar ha cambiado mucho. Antes sacábamos mucho congrio porque era lo que más se vendía, además de la corvina y la sierra. En el río también “calábamos” el robalo. Fácilmente, pescábamos unos veinte róbalos; hoy, no hay nada.

Si bien hoy tenemos una caleta hermosa, el mar y el río ya no son lo mismo. La sobreexplotación y el cambio climático han modificado nuestro entorno, así como el tráfico de embarcaciones y la basura.

Nuestra caleta está más enfocada al turismo, con paseos en bote y venta de productos. Además, contamos con áreas de manejo que nos permiten tener una cuota de choro una vez al mes. Son alrededor de doscientos kilos por socio.



\*\*\*

Mi papá siempre nos inculcó que teníamos que estudiar, pero no supimos aprovecharlo. Estudié hasta sexto básico en la escuela de Chaihuin. Solo tuve tres profesores, de los cuales recuerdo a uno de apellido Mella y otro Barrera. En ese tiempo, había una sala para todos los cursos, que se ordenaban desde primero hasta sexto con los banquitos distribuidos por niveles. Teníamos clases hasta la una.

Con los niños jugábamos al trompo, la bochita, la escondida y, lógicamente, la pichanguita. Al colegio llegaban los elementos para jugar como las pelotas de cuero, pero en las pichangas de los fines de semana, usábamos pelotitas de cochayuyo o de calcetines.

La escuela era un lugar de entretenimiento más que de aprendizaje. Además, estábamos todos los vecinos y parientes juntos, y aunque no fuéramos, éramos como una gran familia. También venían los niños de Huiro y Cadillal Alto. Les decíamos la “pandilla de los internos” porque se quedaban en una especie de internado que tenía la escuela.

A los trece años me fui a estudiar a Lago Ranco porque tenía un hermano que trabajaba en la estación de ferrocarriles. Era la primera vez que salía del campo. Allí estudié séptimo y luego volví a Corral para terminar el octavo básico. La enseñanza media la hice en Valdivia, donde estudié construcción en el liceo.

Después regresé a Chaihuin, donde me dediqué exclusivamente a trabajar en la pesca y el buceo. Estuve un tiempo y luego me fui a trabajar al sur porque una empresa empezó a buscar gente de Corral para la pesquería del erizo en Punta Arenas.

Nos fuimos con cinco o seis amigos que sabían bucear. Saqué los documentos para embarcarme y conseguí un trabajo en una empresa llamada Pesca Chile. Me quedé cuatro años.

Regresé a Chaihuin en 1999 y me casé el 19 de diciembre con Alexia Araya. Llevamos veinte y cuatro años casados, muy felices. No tuvimos hijos, pero criamos muchos gatitos y perros. Aún tenemos gatos.

No tengo recuerdos tristes.

\*\*\*

Chaihuin cambió cuando comenzó la fiebre del loco en los años 80. La gente ganó mucha plata. Algunos aprovecharon su dinero, pero la mayoría se lo farrearon todo. Los terrenos se valorizaron y empezaron a venderse, lo que trajo a muchas personas de otras partes. Además, comenzó el negocio del arriendo de cabañas y la llegada de turistas.

Ya no somos la comunidad que fuimos antes. Hoy en día, todo el mundo se ha vuelto individualista, en parte porque las políticas de gobierno son así. Chaihuin se volvió como la



ciudad, donde apenas saludas al vecino. Todo está muy frío y es algo muy penca porque ya no nos necesitamos como antes. Si bien, cuando una persona está enferma, todos ayudamos, pero ni siquiera la vamos a ver.

Antiguamente, el centro de padres de la escuela era la institución más poderosa del sector. Por ejemplo, si querían hacer un cerco, todos los vecinos se juntaban y organizaban un beneficio como un torneo de fútbol, donde se vendía copete y empanadas, y el dinero se usaba para arreglar la escuela. Ahora, nadie hace nada por la escuela y menos por un vecino.

Así están las relaciones.

\*\*\*

Durante la dictadura, los militares tomaron la escuela por un problema de espionaje. Dicen que encontraron micrófonos en los dormitorios del internado, seguramente para saber qué decían los niños de sus papás. En esos años yo era pequeño y no estaba en el colegio, pero conocí la historia porque había una alcaldesa llamada Mercedes Díaz, que era muy brava. Afortunadamente, no desapareció gente en Chaihuin.

Mi familia era del lado político de izquierda. Tenía un tío que fue dirigente, un hombre inteligente que leía mucho y me enseñó que la lectura era importante. Desde pequeño,

empecé a leer novelas de pistolero. Ese tío se llama Lalo González y aún está vivo. Recuerdo que un día me dijo: “Lee lo que pasa en tu país para que algo aprendas y deja de leer huevadas”. Comencé a leer el almanaque.

Él y mi hermano Guillermo fueron muy influyentes. Mi hermano me regaló una revista que se llamaba “Tony”, creo que fue uno de los primeros cómics con capítulos que terminaban.

Tenía unos siete años cuando me hice lector. Si pudiera recordar todo lo que leí, sería un tipo muy sabio. Sigo leyendo, a pesar de que después de una semana me olvido de todo. Tengo la esperanza de que los médicos encuentren alguna curación o píldora para no olvidar y recordar todo lo vivido. Soy feliz en Chaihuin porque aún tenemos una vida sana. Me gustaría que se quedara todo igual, sé que no va a ser posible, pero al menos, espero que no perdamos la solidaridad.

Nombre: Marcos González Antillanca  
Fecha y lugar de nacimiento: 26 de mayo de 1966, Valdivia  
Padres: Guillermo González Garay  
y Elsa Antillanca Montaña



# Mario Luis Antillanca Antillanca

Vivíamos en esta misma zona, cerca de la caleta de Huiro. Mi papá se llamaba José María Antillanca Llanca y mi mamá, Elisa Antillanca Llasquen. Éramos diez hermanos en total, aunque solo siete siguen con vida. Yo fui el mayor y cuidador de mis hermanos menores hasta más o menos los diez años, porque después ya me lancé a trabajar con mi padre.

A esa edad, mi papá me mandaba a Corral. En esos años no había camino, solo una huella por la orilla de la costa y por ahí iba a comprar al sector de Amargo, donde había un negocio y vivía mucha gente.

Iba a caballo. Salía en la mañana, pasaba por el río Chaihuin, que medía como un metro más o menos y el agua no alcanzaba a llegar a los estribos del caballo. Al llegar, compraba las cosas y recuerdo que no podía cargar el medio saco de harina. En la tarde, pasaba a alojarse al sector del Morro Gonzalo donde unos parientes de apellido Navarro, y al otro día me venía. Esa primera vez, arreglaron bien mi carga y regresé muy lento en el caballo hasta la parte de Palo Muerto, donde descansé para continuar con el trayecto.

A la mañana siguiente, me levanté temprano y continué el

viaje. Tenía que cruzar dos esteros grandes, pero solo logré pasar el primero cuando, de repente, sentí un tirón. Me detuve y vi que mi bolsa con la harina había caído. Intenté recogerla, pero no pude. Estuve al borde del camino mucho tiempo, no sé cuánto, y lloré. Entonces, pasó un caballero anciano que vivía en el sector, un tal Ortega, quien recogió mi harina, arregló mi carga y me acompañó hasta Chaihuin. Llegué a mi casa con las compras a medias.

A esa misma edad, diez años, trabajaba en el mar con mi papá y nunca tuve miedo. El pescado era abundante, especialmente la corvina, el jurel y la sierra. Trabajábamos en la pesca del congrio con espinel; calábamos hondo, desde la orilla de la caleta hacia el mar. Los espineles eran cordones largos donde se colocaban anzuelos a cierta distancia. El cordel tenía unos quinientos metros, y poníamos el anzuelo con carnada que podía ser chancharritos o robalos. Lo tirábamos en la tarde y lo dejábamos hasta el día siguiente. En la mañana, recogíamos los pescados.

También recolectábamos mariscos como la lapa y el meñique, que se encontraban en la orilla. Hacíamos “ristras”, hileras de mariscos, y las llevábamos a negociar a Quitaruto.

En esos años, mucha gente trabajaba en los altos hornos, por lo que la zona estaba poblada. Llevábamos pescado ahumado y ristras de mariscos, y los intercambiábamos por cosas como azúcar, harina, ají y jabón. Hacer “trueque” daba mejores resultados que venderlos. Traía mi caballo cargado y, como ya tenía unos catorce años, no tenía problemas con el peso. Mi papá casi nunca salía; era yo quien hacía las compras.

Después, con mi hermano Antonio, íbamos a Valdivia. Mi papá tenía un bote; lo cargábamos con erizos y remábamos hasta Valdivia para venderlos. Tardábamos un día en llegar y nos alojábamos allí porque llegábamos de noche. El río Valdivia era estrecho, no tenía más de cien metros de ancho, y, al estar rodeado de relleno, era muy torrencioso. A veces teníamos que esperar unas dos o tres horas a que cambiara la marea para poder avanzar, porque con los remos no podíamos.

\*\*\*

Con el terremoto, todo cambió. Ese domingo estábamos en una casa cerca de la cantera, con toda la familia de Pedro Antillanca, Carlos Antillanca, Juan Antillanca y nosotros. Nos habíamos reunido para carnear un animal, hacer un asado y empanadas. Yo era muy joven, al igual que mis hermanos y primos, así que jugábamos a la pelota o la chueca; incluso las mujeres porque todos hacíamos lo mismo. La pelota era de cochayuyo, redonda y aguantaba poco. A los pocos chutes, se desarmaba. En cambio, para la chueca, te-

níamos una pelotita pequeña hecha de madera o de michay, la parte amarilla de la raíz del árbol.

Cuando estábamos en plena fiesta, aun haciendo el asado, de repente hubo un movimiento de tierra muy fuerte. Debí haber sido de un grado cinco porque todo se conmovió con el sacudón. Recuerdo que una abuelita dijo: “Escuchen chicos, las botellas de allá están sonando”. Seguramente, ella se dio cuenta de que, después del primer movimiento, la tierra siguió sacudiéndose y nadie le prestó atención. Media hora después del primer temblor, se sintió un ruido grande y vino el remezón. No quedó nadie en pie, pero ninguno se espantó. Nos quedamos todos allí mismo. Como estábamos en lo alto, no miramos hacia el mar.

De pronto, me afirmé de un palo, miré el mar y grité: “¡Están pasando cosas viejo!”. Mi papá también gritó: “¡Ay, qué está pasando! ¡La madre tierra se lleva los árboles y los botes!”. El mar había subido su nivel con el primer movimiento, y no nos dimos cuenta. Con mi hermano fuimos corriendo a la caleta. Él tenía catorce años y yo dieciséis. No quedaba ningún bote. La tierra seguía temblando cuando, de pronto, vimos un bote tambaleándose, así que fuimos a recogerlo. En ese momento, el mar estaba seco y se veían todas las playas. El agua corría como un estero loco hacia el sur y tuvo que haberse elevado unos tres metros. Acá no falleció nadie.



Mientras nos acercábamos al bote, desde el cerro caían las rocas. Como éramos muchachos jóvenes, no sentíamos miedo; saltábamos por encima de las piedras, hasta que el agua comenzó a subir sin parar. Corrimos hacia lo alto y esperamos un rato. Después, el agua retrocedió otra vez. Le dije a mi hermano: “Esperemos aquí, se va a venir de nuevo la mar y el bote va a subir”. Y así fue. El bote llegó al mismo lugar. Luego vino la calma. No vimos ninguna ola, solo corría el agua, ni siquiera había viento. Así que amarramos el bote y, cuando regresamos a lo alto, nos encontramos con los papás.

Después del terremoto, el río Chaihuin quedó muy hondo, desapareciendo un islote lleno de árboles y también todos los que estaban abajo donde hoy está la pesquera. El mar se los llevó. Incluso un campamento, donde había un caserón grande que, según dicen, pertenecía a unos franceses. El cambio fue profundo. Todo lo que estaba se deshizo. El mar arrasó con la escuela de Chaihuin y todas las casas, pero no se llevó a nadie. Las personas mayores avisaron, porque antiguamente estas cosas ya habían pasado. Entonces, cuando vieron que el mar se secó, alertaron a la gente.

En Corral, el mar arrasó con todo. Desde aquí hasta San Carlos estaba poblado y no quedó nada. Al día siguiente del maremoto, con mi hermano y un tío de unos veinte años, nos levantamos temprano y, como el mar estaba calmo, salimos en un bote a “tantear” los alrededores. El agua estaba llena de casas, ramas y muchas otras cosas; los gallos canta-

ban sobre los techos que flotaban. Anduvimos buscando los botes y no los encontramos. Solo hallamos una lancha cargada de objetos. Pertenecía a un caballero de apellido Godoy de San Carlos. Él tenía una embarcación grande con la que transportaba sus mercancías desde Valdivia. Subimos a la lancha con la única intención de hacer andar el motor. No resultó y la dejamos, pero no se nos ocurrió sacar nada. Encontramos otra embarcación del lado de Los Molinos, también llena de cosas como harina, azúcar y varios abarrotos. Tampoco retiramos nada, solo intentamos hacer funcionar el motor, pero no lo conseguimos porque era a petróleo y no sabíamos cómo funcionaba. Regresamos a Huiro con el bote vacío. Acá nos estaban esperando. Los viejos casi nos “corren palos” porque estaban preocupados. A los pocos días, comenzó a soplar el viento norte. Con mi hermano Antonio salíamos temprano a recorrer la costa, desde Huiro hasta la Punta Falsa. Estaba lleno de cosas varadas como tarros de conservas, ropa y muchas bolsas de harina a las cuales les pasábamos el cuchillo por encima, y la harina estaba seca.

Una tarde se nos ocurrió sacar cuatro bolsas de harina. Las dejamos encima de una roca y las tapamos con una especie de carpa. Nuestros papás nos dijeron que no recogieramos nada, pero no les hicimos caso. Con mi hermano Antonio nos preocupamos de proteger esa harina y reforzamos con piedras porque pensamos que vendría un temporal, y así fue. A la semana después, a las familias se les terminó el ali-

mento y la harina. Estábamos todos juntos porque la tierra seguía moviéndose y pensaban que podría venir un temblor más grande. Un día, cuando faltó el pan para los niños, le dije a mi papá que teníamos cuatro bolsas de harina pero que no sabía si estaban buenas. Nos dijo: “Vayan a buscarlas”. Partimos con unos tíos a revisarlas. La harina estaba buena y hubo pan para los niños.

Después, ya no dijeron nada más. Ciertamente, fueron ellos quienes no quisieron recoger alimentos pues no eran suyos. A Corral llegaban los faluchos con la harina que traían de Valdivia, específicamente del molino de Collico, a donde llegaba el trigo en buques para luego transportar la harina al norte o al sur. Ese molino era famoso en esos años, incluso fue el más grande del sur. Lamentablemente, el terremoto se llevó toda esa harina.

Un día, mientras conversábamos, aterrizó un helicóptero en Huiro para dejar algunas ayudas, incluyendo ropa. El piloto recomendó que había que ir a Corral o a Valdivia a pedir apoyo. Con mi primo Maximiliano, conversamos y esa misma noche le dije: “¿Por qué no nos vamos a Corral?”. Él respondió: “¿Cómo cruzamos el río Chaihuin?”. Ya no podíamos pasar a pie porque quedó muy hondo tras el terremoto. Estábamos aislados. Al día siguiente, construimos una balsa con palos varados en la orilla, los amarramos con unos cordeles y usamos una tabla como remo. Cruzamos el río Chaihuin y nos dirigimos a pedir ayuda.

Nos alojamos en San Carlos, donde vivía nuestro amigo Víctor. Al día siguiente partimos temprano. Había muchos militares y buscamos al jefe de plaza, como le llamaban en esa época. Un caballero nos dijo que estaba en Amargó, así que nos dirigimos a hablar con él. Nos recibió y le explicamos que necesitábamos ir a la municipalidad para solicitar ayuda para la gente de Huiro. “¡Ya, vayan!” respondió, y nos dio un papel para que nos atendieran.

Hicimos un listado de las familias y hablamos con el alcalde Francisco Stamp, quien nos atendió enseguida. “¿Ustedes traen una lista?” preguntó. Al ver nuestra nómina, nos consultó: “¿Tienen cómo llevar las cosas?”. Le respondimos que lo único que teníamos era una balsa en Chaihuin. “¡Vayan a buscar sus botes y les vamos a tener la mercadería!”. Estaban entregando las ayudas en la compañía de bomberos ubicada en la parte alta de Corral. Nos fue bien y regresamos el mismo día a Huiro. Caminamos alrededor de ocho horas desde Corral, cruzamos el río Chaihuin en la balsa y llegamos en la noche a Huiro con las buenas noticias.

Al día siguiente, arreglamos el bote y partimos temprano con mi primo. Nadie más nos acompañó. El tiempo estaba bueno y llegamos a Corral alrededor de las dos de la tarde. Recibimos las cosas y llenamos el bote con harina, azúcar, fideos, tarros de conservas, y hasta frutas. A las dos de la madrugada regresamos y llegamos a la caleta de Huiro cerca de las ocho de la mañana.





Los viejitos nos esperaron con una pesa porque había que medir el azúcar, que en esos años venía en sacos como la yerba. Entonces, descargamos y comenzamos a repartir los alimentos para todos. Los productos alcanzaban solo para un mes, así que tuvimos que volver al mes siguiente y durante seis meses más. Hicimos muchos viajes. Después de ese período, la situación comenzó a normalizarse porque la gente se organizó, aunque en Corral todo seguía desarmado y dejaron de dar ayudas. Empezamos a viajar a Valdivia para vender y comprar mercadería.

Mi primo Maximiliano falleció de una enfermedad hace muchos años.

\*\*\*

Trabajábamos en el mar con el tiempo bueno y, cuando se ponía malo, ayudábamos a nuestros papás a trabajar la tierra. Ellos sembraban unos cuatro o cinco sacos de trigo todos los años y cosechaban unas cincuenta bolsas de ochenta kilos. Luego, íbamos a Corral a intercambiar los sacos de trigo. Recuerdo que había un almacén cuyo dueño era Atilio Andrade, que era como el supermercado de la época en Corral.

Dos años después del terremoto, comencé a bucear. Llegaron unos caballeros de San Carlos y uno de ellos era buzo. Un día me dijo: “¿Quieres aprender a bucear?”. “Me gus-

taría”, respondí. Al día siguiente, nos juntamos temprano. Tenía una lancha a motor. Me pasó el equipo y me explicó cómo debía usarlo. Trabajé unos dos meses con él, observando cómo buceaba. Al ponerme el regulador, la máscara y el resto del equipo, no me sentí muy bien.

Estuve sentado un rato con todo puesto y se empañó el vidrio. ¡Me asusté! Entonces, el caballero me dijo: “No respires por la nariz, hazlo solo con el regulador”. Traté de respirar lentamente y luego, con cuidado, empecé a bajar. “Tiéndete sobre el agua”, me indicó. De inmediato, me hundí hasta el fondo. Abajo había rocas, algas y muchos pececitos. Lo primero que recogí fue una jaiba, que eché en un chinguillo. Antes, él me había dicho: “Yo voy a calcular más o menos el tiempo que vas a estar abajo y te voy a subir”.

Bajé cuatro o cinco metros. También recogí unos tremendos locos y unas jaibas gigantes que nunca había visto. Cuando subí, esas cosas eran normales, solo parecían grandes bajo el agua. Esa fue mi primera experiencia. “Mañana vas a trabajar unas dos horas en este sector porque está lleno de erizos”, me dijo. Al día siguiente, me puse la ropa y saqué como dos mil erizos. Me advirtió que el único problema con los erizos es que no debía tocarlos con el cuerpo, las aletas ni el chinguillo porque se aprietan y no salen de la roca. Y fue cierto; pasé por encima y los erizos se pegaron a la piedra.

Trabajé muchos años como buzo. Después, con el dinero que junté, hice una embarcación y compré un motor. Seguí ahorrando y compré tres equipos de buceo lo que me permitió trabajar con mis hijos y otras personas de Huiro.

\*\*\*

Me casé con Inerta Chatré y tenemos cinco hijos y once nietos. Cuando nos juntamos, las tierras de Huiro estaban solas. Sabía que pertenecían al Fundo Chaihuin, así que fui a conversar con el administrador. Hicimos un acuerdo: me cedió un pedazo de tierra y me dejó como cuidador. En esos años, este fundo tenía muchos animales. Me dediqué a cuidar vacas, caballos y hasta bueyes que usaban en la faena de Vima, donde extraían el alerce. Construimos una casita pequeña y seguí trabajando en la pesca.

Con los años, el mar se empobreció. Antes había mucho marisco y pescado, pero todo cambió cuando comenzaron las vedas. Las implementaron en la época de la desova de los locos y los erizos. Entonces, cuando se levantaba la veda, coincidía con el período de la desova. Las vedas se levantan en marzo, y entre abril y mayo desovan los mariscos. Eso significa que los mariscos o los erizos ponen sus huevos en la roca. ¿Cómo se van a reproducir si no alcanzan a poner sus huevos? No logran crecer y puede que por eso se estén terminando. La naturaleza tiene su ritmo y el hombre otro.

Nombre: Mario Luis Antillanca Antillanca  
Fecha y lugar de nacimiento: 4 de abril de 1944, Huiro  
Padres: José María Antillanca Llanca y  
Elisa Antillanca Llamquen

# Antonio Juan Antillanca Antillanca

Mi papá José María Antillanca trabajaba en la pesca y nos llevaba al río Colun. Él tenía una yegüita llamada “Pepa”, una negrita que no era tan alta solo era larga, y cabíamos los tres en ese animalito. Yo iba pegado al anca en la montura, mi papá en la montura y mi hermano Mario, más atrás. Partíamos a pescar los róbalo a Colun, y pasábamos por la playa.

En ese tiempo no había camino, solo una huella para caballo. Por ahí nos dirigíamos a la playa de Colun, que antes era cordillera y monte. El río tampoco era así, sino más angosto. Mi papá solía pescar allí, incluso en días malos con grandes lluvias. Decía: “Hijo, mañana vamos a Colun porque el río está de avenida y vamos a sacar unos robalitos”. En esa zona vivían los viejitos Paulo Nauco, su esposa Rosario y sus hijos.

Al otro lado del río también estaban los Clayer, los Calonges y los Reyes. Ellos hacían tremendas siembras de trigo y tenían manzanos. Los Calonges y los Ríos vivían en la parte baja, mientras que los Reyes tenían su casa en un alto y los otros más allá. Los manzanos aún están allí.

Los hijos de los Clayer, los Calonges y los Reyes eran de la misma edad que nosotros, y como no había colegio en nin-

guna parte, sus familias decidieron mudarse a La Unión. No había suficiente trabajo y las siembras ya no eran como antes. Cuando se fueron, el terreno se convirtió en un gran bosque. Solo quedaron los Nauco.

Por aquella época, la pesca se hacía desde la orilla. Mi papá tenía una balsa, hecha con varas cruzadas y amarradas. Él sacaba róbalo con lienza, usando como carnada unos pequeños gusanos que encontraba en los corrales, donde los viejitos criaban ovejas y otros animales. Mi papá sacaba harto pescado porque en esos años picaba.

La pesca era para alimentar a la familia y también para la venta. Algunas veces, ahumaban las “corvinas”, a las que llamábamos “las negras” y luego, iban en caballo a venderlo a Corral. Eran seis horas de viaje. Allá una parte la entregaban “callejeado” y la otra la dejaban en La Aguada, donde estaban las fábricas de los Altos Hornos.

Estuve un año en una escuela en Huiro, pero en realidad no era una escuela, sino una casita. En aquel tiempo no había un profesor en la zona, así que la comunidad buscó a una persona que supiera leer. Recuerdo a la gente que decía:

“¿Quién le va a dar una habitación a esta persona para que enseñe a los niños?”.

Entonces, buscaron una casita y la persona que sabía más se convirtió en nuestro profesor. Era una especie de “educador rural”. Entre todos juntaban una platita y, si ese dinero duraba dos meses, dos meses duraban las clases. Más tarde, se levantó una pequeña escuela en Chaihuin, justo al lado del río. Allí también hicieron lo mismo: buscaron a una persona que pudiera enseñar.

Los chahuineros se unieron con los de Huiro porque en este último sector había poca generación. En aquellos años, Chaihuin formaba parte de un área más amplia que incluía Galera y Colun. Precisamente en Colun es donde crecieron los Nauco. Esta familia construyó una casa que se convirtió en una escuela. Luego, buscaron a una persona con más educación que todos. La profesora se llamaba Irene Huala Dinter y era de Cadillal. Ella fue la maestra de la generación de mi hermano Mario, educando a los niños de Chaihuin, Huiro y Colun. Yo era demasiado pequeño para asistir a ese colegio; además, no había camino a Chaihuin, era muy lejos y tampoco había alojamiento.

Cuando asistí a la escuela, mi primera profesora fue Irene Ampuero, quien todavía vive en Chaihuin. Al año siguiente, Irene dejó de enseñar y fue reemplazada por mi primo, el finado Segundo Pascual. En ese tiempo, nos daban leche en

la escuela que llegaba en grandes bolsas de papel.

Junto a otros niños, nos íbamos caminando desde Huiro, ¡y qué frío hacía! Iba con los pies descalzos a pesar de las heladas. A veces debido al frío, se me hinchaban los pies. También, debíamos cruzar en bote el río Chaihuin, que en esos años era más angosto que ahora. A los doce años dejé de estudiar porque se acabó el sueldo del profesor y además porque era mucho sacrificio. Después vino el terremoto del 1960 y se llevó la escuela.

\*\*\*

Cuando ocurrió el terremoto, yo estaba en la casa de un tío comiendo carne de vaca. Era feriado y estábamos con la familia. Por suerte, no sufrimos daños, aunque mi familia y vecinos perdieron sus embarcaciones. Desde entonces, no continué con mis estudios y a toda mi generación le pasó lo mismo.

Mi papá también se quedó sin su bote, así es que tuvimos que vivir de la pesca de orilla y negociar con las personas que trabajaban en las faenas de la cordillera. Había unos campamentos gigantes de la empresa Vima, con aserraderos, pulperías y una vida muy ajetreada.

Nosotros subíamos por el río Chaihuin. Al pescado no se le ponía precio. Por ejemplo, uno llevaba unas tres sierras, las dejaba en una casa y te pasaban harina. Repartíamos en



las casas sin cobrar, pero todos te daban algo de comida. De regreso, el caballo no era capaz de traer la harina, hierba y otros abarrotos. Ocupábamos dos días: uno para llegar y otro para volver a la casa.

\*\*\*

En la cordillera había tres grandes empresas que explotaban el Alerce. La primera era “La Quebrada Onda”, ubicada muy cerca de la salida hacia la carretera a Santa Elisa. Luego estaba la faena de “Vima” y también la “Máquina Quemada”.

Recuerdo que en la empresa Vima, había unos mil trabajadores que vivían en un campamento dividido en dos sectores: uno para el “solteraje” y otro para las pensiones. En este último, vivían las personas encargadas de preparar la comida. Las casas contaban con comedores donde se servían los alimentos a los trabajadores.

A los trece años, tuve la oportunidad de conocer ese lugar. Yo trabajaba en la pesca y, cuando se inició la faena de Ralco en Colun Alto, decidí ir a negociar. Solía recorrer una huella que pasaba por la playa de Colun y rodeaba hasta Hueicolla. Llevaba toda clase de verduras y pescados, como el robalo y la sierra ahumada. Regresaba en mi caballo, tan cargado que apenas podía resistir la balsa del río Colun.

Más tarde, empecé a viajar con el finado Américo, quien me mostró el camino que utilizaba la familia de los Naucos para evitar dar la vuelta. Cuando cumplí quince años, abrí una huella desde Huiro hasta el río Colun para pasar con mi caballo. Me tomó unos cinco días completar la ruta con ayuda de un “murrero” y cuando llegué al río Colun, me sorprendió ver mucha gente, casi puro “solteraje” trabajando en la faena del Alerce.

\*\*\*

En aquellos años, la tala se hacía con hacha y la “corvina”, un serrucho grande manejado por dos personas. Volteaban el Alerce, uno se colocaba de un lado, el otro del opuesto, y serruchaban de izquierda a derecha y viceversa.

Los Alerces eran tan grandes que, entre seis personas, tomadas de la mano, no podían rodearlos completamente. A los “hacheros” le tomaba entre tres o cuatro días derribar un Alerce de ese tamaño, luego realizaban los cortes y finalmente con la corvina, lo derribaban.

Un mes no era suficiente para trabajar un Alerce.

Se necesitaba una semana para hacer los primeros cortes y otra semana para partirlo. Luego, se obtenían cuatro grandes bazas que se trabajaban en las semanas siguientes. Una vez listas, dos o tres yuntas de bueyes las arrastraban hasta la bodega

y desde allí, los tractores las transportaban a los aserraderos.

La madera aserrada se utilizaba para construir casas. Las basas las transportaban hasta La Aguada, donde se encontraba otra faena. Allí, las labraban con hacha y luego las volteaban usando una herramienta que llamaban “diablo”. También empleaban unos combos de fierro para golpear las cuñas. Éstas se colocaban en las puntas de la madera y la dividían en cuatro pedazos.

\*\*\*

Cuando cumplí 17 años, me encontré con un amigo que me dijo: “Antillanca, ¿por qué no dejas de vender pescado y vienes a trabajar aquí? Así tendrías trabajo estable.” Le pregunté qué edad requerían para contratar. Me dijo: “Si tienes 18 años, te van a recibir altiro”.

En aquel momento, el finado Julio Guzmán estaba en el campamento de la faena de Ralco. Fui a la cordillera y hablé con él en su oficina. Me dijo: “Huacho, si quieres, te recorriendo con el jefe y luego hablas tú mismo con él”.

Viajé por mi huella montado en mi caballo “Lionzo”, un animal hermoso con el que lo hacía todo. Aún me faltaban dos meses para cumplir los 17 años cuando llegué a su oficina. Me preguntó: “¿Qué andas haciendo?” Le respondí: “Supe que están contratando gente para trabajar”. Me dijo que “sí”.

Se levantó del mesón, me miró de pies a cabeza y comentó: “Eres muy joven”. Rápidamente repliqué: “Pero hay jóvenes de mi edad trabajando en otras partes de Chile”. Entonces me propuso: “Te doy el trabajo, pero necesito el permiso de tu papá”. Le pregunté cómo era eso y me explicó: “Mira, tu papá, si te apoya, tiene que venir a firmar un registro aquí, un libro, porque él será el responsable. Si algo te llega a pasar, yo no puedo asumir esa responsabilidad. Pareces un buen hombre para trabajar”.

Me gustó mucho lo que vi y pasé tres días en casa, contentiéndome, sabiendo que probablemente no me darían el permiso. Al cuarto día, nos juntamos todos los hermanos en el almuerzo, algo que casi nunca sucedía debido al trabajo. En ese momento, me atreví y le dije a mi papá que quería hablar con la familia. “Me quiero ir a trabajar en Ralco”.

Todos se quedaron mirándome en silencio. Mi mamá fue la primera en responder: “¿Qué te vas a ir a trabajar tú, los trabajos son muy pesados y eres muy joven!” “¿Y te dan trabajo?” interrumpió mi papá. Les expliqué que, si me daban permiso, él tendría que ir a firmar un documento. Mi papá caminó de un lado a otro y enseguida preguntó: “¿Y cuándo quieres ir?” Le dije que quería irme el domingo para empezar a trabajar el lunes. “Ya, lo voy a hacer” respondí.

Nos dirigimos a Colun, pero no le conté a mi papá sobre la huella que había trabajado y tomamos el camino largo por el





sector de los Nauco. Mi papá llevó unos pescaditos para aprovechar el viaje y venderlos. Al llegar a la oficina, presenté a mi papá. “Tú te vas a hacer responsable de tu hijo,” le dijeron, y respondió: “sí”. Tomaron un libro y, como mi papá no sabía firmar, hizo algo con el dedo y así quedé listo para comenzar.

Estaba apurado, así que regresé a los pocos días. Llegué a un aserradero a los diecisiete años y viví en el campamento donde se alojaba el “solteraje”. Había mil doscientas personas; de ellas, unas doscientas eran “casereados”. La mayoría eran hombres jóvenes.

Todas las construcciones eran de Alerce procesado en los aserraderos. La casa donde nos alojábamos era de una estructura larga hecha de Alerce, con el techo de Alerce tinglado y forrado. En ese lugar tomaban la pensión unas cuarenta personas. Nos daban desayuno, el almuerzo y la cena. Había que ser rápido para alcanzar un pedazo de pan; quien llegaba tarde, no comía pan. La comida era mala; recuerdo que los porotos y lentejas nos hacían sonar los dientes.

Los aserraderos paraban a las doce horas para que la gente fuera a almorzar. Si había retraso en la cocina, la comida se servía igual. Los salones tenían unos largos mesones; y quien llegaba primero tomaba su plato y pan, y el que llegaba último, generalmente, no conseguía pan.

La jornada comenzaba a las ocho. Nos levantábamos a las seis de la mañana porque el alojamiento quedaba lejos y a las ocho

tenías que estar “ya parado”. La cena era a las veinte horas.

Pasé hambre porque la comida era escasa. Finalmente, dejé esa pensión porque busqué otra. Un amigo me llevó a un lugar mejor y lo pasé bien. Además, solo estuve tres meses en ese aserradero antes de irme a la labranza.

\*\*\*

Venía a Huiro cuando me pagaban. Al principio, cuando estuve en el aserradero, trabajábamos mucho, ganábamos poco y comíamos mal. Por eso, no me gustó y hablé con el jefe para cambiarme. Me enviaron a trabajar en la labranza. Era una función pesada porque tenía que voltear los Alerces y podía tardar dos días o más para luego labrarlo.

Generalmente, se demoraba un día y medio en destrozar un árbol a hachazos y luego, partirlo. Pasaban los días y sentía que no avanzaba. Entonces, conocí a unas personas que me enseñaron a labrar. Se tomaron su tiempo y aprendí a partir los troncos. El primer mes, entregué un árbol completo, hecho basa, por mí mismo.

Nos pagaban con un billete que le decían “El minero”. El primer pago de la labranza solo alcancé a la mitad de “el minero”. De todas maneras, era suficiente. Me pagaron y fui a mi casa en mi caballo. Traje algunos regalos para mis padres, porque en el campamento había de todo. En una pulpería vendían

zapatos, pañuelos, camas, frazadas y muchas otras cosas.

Llegué el sábado a la casa de mis padres y el lunes a las cinco de la mañana ya estaba de regreso. Llegaba al campamento para el desayuno. Al tercer mes de trabajo, conseguí “el minero” completo y fui a comprar una vaquilla en Colun donde los Nauco. Al cuarto mes, recibí nuevamente “el minero” y compré otra vaquilla. Al quinto mes, compré una oveja en Galera y todavía me quedaba plata.

Como demoraba tan poco tiempo en el viaje a Huiro, un día me preguntaron: “¿Dónde das la vuelta para ir a tu casa?” Les conté que, después de cruzar el río, seguía una huella que llegaba a Huiro. Una semana más tarde, me buscaron un sábado, en mi tarde libre.

Nosotros trabajábamos de lunes a sábado, y éste último día solo hasta el mediodía. Los sábados por la tarde y los domingos eran libres para jugar al fútbol, ya que había tres canchas disponibles para el solteraje. Esa tarde le mostré la huella al ingeniero Clorindo. Tiempo después, construyeron el camino siguiendo el mismo trazado.

La diversión consistía en jugar al fútbol, al tejo y a la brisca. Trabajábamos brutalmente, y después de la cena, alrededor de las veintidós horas, empezábamos el “brisqueo” hasta que amanecía. Las apuestas incluían prendas como premios, ya fuera un par de zapatos o una camisa; lo que uno quisiera

apostar. Se organizaban torneos.

Para los días de pago, el solteraje salía en un camión hacia el pueblo. Después, no tenían ganas de trabajar. La administración era muy comprensiva, porque si un trabajador se ausentaba una o dos semanas, no lo despedían. Los chicos volvían cuando se les acababa el dinero.

\*\*\*

El bosque se fue desapareciendo. Fuimos todos responsables sin saber. Empezamos con el hacha, la corvina y después con las motosierras. Recuerdo que llegó un caballero con una motosierra “Cero ocho”, de esas antiguas y muy lentas. Él volteaba los árboles para las personas que labraban y los dejaba trozados.

El 20 de septiembre se paralizaba la labranza para recibir a la gente con sus bueyes. Mi papá tenía una yunta de animales muy grandes. Durante ese primer año de trabajo, le arrendé esos bueyes, pagándole un quintal de harina de cuarenta y seis kilos por cada buey. Así, todos los meses le llevaba su quintal de harina, especialmente, después de que hicieron el camino y empezaron a bajar los vehículos. La gente los “balseaba” para cruzar el río en Colun.

El invierno era duro, con granizadas, y uno tenía que trabajar al aire libre en la cordillera. Me llevé pieles de oveja para

protegerme porque la ropa de agua que nos daban aguanta-  
ba un ratito seco antes de humedecerse. Además, uno trans-  
piraba y era malo para la salud. Por eso, usaba los cueros de  
oveja para cubrirme la espalda y la cabeza.

En el campamento no había médico. De vez en cuando, hacía  
una ronda un paramédico. Los antiguos casi no se enferma-  
ban, pero sí hubo accidentes cuando llegaron las motosierras.  
Las personas no estudiaban las máquinas antes de operarlas  
por eso ocurrieron graves accidentes. Un caballero llegó con  
su moto y al voltear un enorme árbol, otro le cayó encima.  
¡Fue fatal! ¡Lo reventó! Quedó hecho una tabla.

El campamento de Ralco dejó de funcionar cuando empeza-  
ron las tomas en el año 1973. Lo que sucedió es que había un  
sindicato de trabajadores y tomaron prisioneros a los diri-  
gentes. Los trabajadores bloquearon todas las entradas a la  
faena, y empezó lo malo.

No sé de qué bando eran esas personas y nunca lo enten-  
dí. Tampoco sé mucho sobre los incendios. Los Alerzales se  
quemaron, dejando el lugar como un cementerio.

\*\*\*

Me cansé allá arriba y entonces me fui a otra faena que se-  
guía funcionando por el sector de La Unión donde estuve  
cinco años hasta que terminó esa cuestión y volví a Huiro.

La verdad es que no me hallé y me fui para Valdivia a la casa  
de mi tío Asendino Antillanca. Allá trabajé en la zapatería  
Rudolf en Las Ánimas. Estuve dos días planchando cueros.  
Al tercer día, me pusieron a coser zapatos. Al pagarme la  
quincena, el mismo día, le dije a mi tío: “No me gustó la  
pega”. Pasaba todo el día encerrado y sentado.

Una noche, esperé a que mis tíos se durmieran y arreglé mis  
cosas. A las cinco de la mañana me levanté y, sin decirles  
nada, me fui al terminal de buses que estaba ubicado en la  
ferretería Sur. De repente, llegó una micro con un letrero  
que decía “Mehuín-Queule”. Al principio dudé porque ha-  
cía tres meses que había ocurrido el Golpe de Estado y el  
ambiente era raro, pero finalmente tomé la micro. En ese  
tiempo vivía por allá mi tía Gaby Navarro. Me quedé en su  
casa y trabajé en la pesca casi un año en Queule.

Durante ese tiempo, mis papás no supieron nada de mí, así  
que me empezaron a buscar. Un día a la playa llegaron dos  
carabineros, me llevaron al retén y dijeron: “Te llevamos  
por desaparecido”. “¡Yo no he hecho nada!” les dije, y me  
esposaron “por desaparecido y no avisar a mis papás”.

Les conté que me había venido a buscar trabajo, que estaba  
bien, y les pedí que les hicieran saber que me perdonaran.  
Fui tan humilde que el cabo y el sargento dijeron: “Antillan-  
ca, tú estás en casa de familiares y no te vamos a llevar con  
tus padres, pero tendrás que escribir una carta”. Les dije

que “apuradito” sabía leer y escribir. Así que ellos mismos hicieron una carta y la mandaron.

Al tiempo, volví a Huiro y pedí permiso para irme a San Antonio. Sin embargo, con tanta salida, mi papá y mi mamá no me dejaron ir, y me quedé en Huiro hasta la fecha.

Un día pillé a mi compañera. La conocí en Huiro cuando nació. La vi y dije: “Esa va a ser mi señora”. Yo tenía veintinueve y Ruth Aguayo diecisiete años cuando nos casamos. Por eso me quedé por acá y criamos un equipo de cinco hijos: Máximo, Alexia, Leonora, Angélica y Tomás. Estoy muy agradecido y siempre se lo digo a mi señora: “La vida de ahora es muy distinta. Antes era mejor, porque éramos más libres y había menos peligro”.

Nombre: Antonio Juan Antillanca Antillanca

Fecha y lugar de nacimiento: 10 de septiembre de 1947, Huiro

Padres: José María Antillanca Llanca y

Elisa Antillanca Llamquen

## AGRADECIMIENTOS

A la gente de Wiro, Wape, Chaiwe  
A la familia Antillanca  
Al Lawal, que cayó una y otra vez y hoy se levanta en su melancolía  
Al Kollofe, que borda el regazo del mar  
A mis hijos Martina y Tomás  
A mi mamá Tita, que tejió la vida en mis párpados



Doce hombres narran las transformaciones del territorio lafkenche de Corral, desde la explotación forestal hasta la llegada de las primeras familias y su relación con el mar.

El pasado del Alerce es aceptado como un triste recuerdo, pero también como un aprendizaje para recordar que la naturaleza es más grande que nosotros.

El libro *"Del Alerce al cochayuyo"* fue escrito para cumplir con el deseo comunitario de contrarrestar el olvido y perpetuar la memoria como un tesoro para las próximas generaciones.



**NÜTRAM LAWEN**  
Ediciones